

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
FRANCISCO DE
BORJA PAVÓN
I

ACADÉMICOS en el recuerdo 1

J. M. ESCOBAR
F. S. MÁRQUEZ
COORDINADORES



2017

ACADÉMICOS en el recuerdo 1



Coordinadores:
José Manuel Escobar Camacho
Francisco Solano Márquez

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

Colección Francisco de Borja Pavón

ACADÉMICOS en el recuerdo 1

Coordinadores:
José Manuel Escobar Camacho
Francisco Solano Márquez

**REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES
DE CORDOBA**

2017

ACADÉMICOS EN EL RECUERDO - 1
Colección *Francisco de Borja Pavón*

Coordinador científico:

José Manuel Escobar Camacho, académico numerario

Coordinador editorial:

Francisco Solano Márquez, académico correspondiente

Portada:

Retrato de don Francisco de Borja Pavón y López realizado por
Enrique Romero de Torres para el Ayuntamiento de Córdoba

© Real Academia de Córdoba

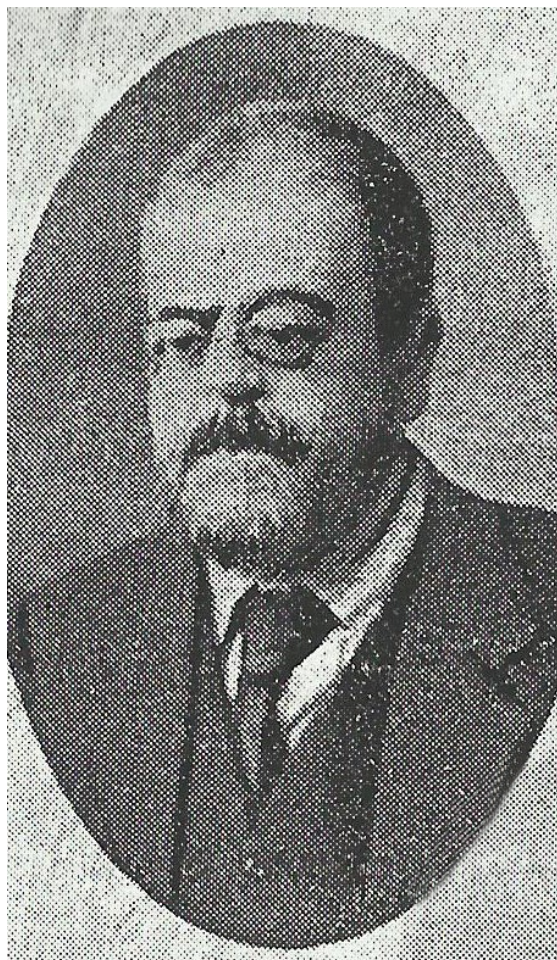
© Los Autores

ISBN: 978-84-948019-5-2

Dep. legal: CO 2.620-2017

Impreso en Litopress. edicioneslitopress.com – Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.



**RICARDO DE MONTIS Y ROMERO, EL GRAN
PERIODISTA QUE PREFERÍA SER ESCRITOR
(1871-1941)**

por

ROSA LUQUE REYES
Académica Correspondiente

Ricardo de Montis y Romero fue todo un personaje en su tiempo, y quizá el periodista más recordado y citado de cuantos ejercieron la profesión en la primera mitad del siglo XX en la provincia. Pero no lo fue precisamente por su vinculación a la inmediatez de la noticia, aunque como redactor del *Diario de Córdoba* desde 1901 y luego su director desde 1929 a 1936, debió de estarlo sobradamente, sino gracias a sus *Notas cordobesas*, es decir, a los artículos costumbristas que fue publicando en su periódico durante décadas, luego compilados (fueron 445 de ellos los que seleccionó) entre 1911 y 1930 en once tomos que le reportaron una fama inusual en su oficio de escritor de periódicos, que no es exactamente lo mismo que periodista.

Pero antes que nada es de justicia matizar que ese triunfo contra la desmemoria –“castigo” tan común en Córdoba que no se libran de él ni quienes dan nombre a una calle, como es el caso de don Ricardo– se debe en buena parte a la reedición facsímil realizada en 1990 por el Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba (luego Cajasur), acompañada a modo de pórtico biográfico de otro libro de igual formato que los anteriores, firmado por el cronista de la ciudad y académico numerario Miguel Salcedo Hierro bajo el título de *Ricardo de Montis y Romero. Tiempo. Notas. Recuerdos*. En este volumen, el cronista rescata con amenidad y amplia documentación, a la vez que con gran afecto hacia su biografiado, la figura del periodista-académico y la época que le tocó vivir. Aunque el calificativo que a Ricardo de Montis más le hubiera gustado es el de periodista-poeta, pues así prefería ser considerado el personaje, según apuntaba María José Porro, catedrática de Lengua y Literatura y exsecretaria de la Real Academia, al inventariar los fondos bibliográficos de los Montis¹, que al morir Ricardo sin descendencia pasaron a la familia Rome-

¹ PORRO HERRERA, María José, “Familia de Montis: revelaciones de un inventario I y II”. *BRAC*, num. 128, enero-junio 1995, año LXVI, y num. 130, enero-junio 1996, año LXVII. Cita también la autora a Montis en su trabajo académico “Prensa

ro de Torres, su gran amiga y benefactora. Varios fueron los poemas que Montis dedicó al artista. Sirva el que sigue para ilustrar la faceta lírica del periodista a la vez que su admiración por el pintor:

Allá va Julio Romero,
de esta tierra orgullo y prez,
luciendo la airosa capa
y el sombrero cordobés.
Piérdese en el laberinto
de nuestras revueltas calles
y a sus rejas las muchachas
se asoman para esperarle.
Al pasar, él las saluda
con una sonrisa afable
a la vez que les dedica
delicados madrigales.
Aquí un mozo le detiene
la mano para estrecharle;
allá le deja la acera
otro que habla con su amante;
más allá un grupo de obreros,
con entrecortadas frases
de su admiración profunda
le tributa el homenaje.
Llega al sitio en que le aguardan
unos amigos leales,
aunque los amigos cuenta
por miles en todas partes.
Poco después la guitarra
lanza sus notas vibrantes
y se oyen coplas sentidas
de esas que en el alma nacen.
Al mismo tiempo en las copas
como el sol refulge y arde
el Montilla, que transmite
vigor y fuego a la sangre.
Todo en honor del Maestro,
del pintor inimitable
que plasmó el alma andaluza
en sus lienzos inmortales.

cordobesa del siglo XX: una aproximación”. *BRAC*, separata, julio-diciembre 1994, año LXV, num. 127.

Cuando la reunión termina
por nuestras revueltas calles
piérdense aquellos fervientes
enmorados del Arte...
Y allá va Julio Romero,
de esta tierra orgullo y prez
luciendo la airosa capa
y el sombrero cordobés.²

Atormentado por sus orígenes

Pero empecemos por el principio. Ricardo de Montis y Romero vino al mundo el 26 de marzo de 1871 en el número 20 de la calle Rey Heredia de esta ciudad, muy próxima a la calleja del Barbero, que con el tiempo habría de llevar su nombre, en una de cuyas casas falleció a los 70 años, el 4 de julio de 1941. Fue hombre de vida y hábitos poco movedizos, más bien inquebrantables, siempre fiel a su pasión, el periodismo literario, para el que le hubiera gustado disponer de más tiempo del que le permitía el ritmo urgente de una redacción, que al parecer también lo sufría a finales del siglo XIX y primeras décadas del XX. Esa frustración habría de acompañarle toda la vida, perfilando poco a poco en él un retrato de hombre machadianamente taciturno e hipocondríaco que tal vez tuviera su origen en otro factor, de carácter familiar, reseñado por Miguel Salcedo en el curso de su investigación para el libro que prologó la reedición de las *Notas cordobesas*³.

En dicho trabajo⁴ el cronista narra la desazón que sintió Ricardo de Montis cuando, al morir su padre e iniciar los trámites de la herencia, descubrió por azar que había sido hijo natural, nacido tres años antes del matrimonio de José María de Montis y Fernández y María de los Dolores Romero Bautista, sus progenitores. Pero Ricardo Antonio Juan Bautista de la Concepción, que así fue cristianado, también halló que la palabra “natural”, ignominiosa en aquella época de sepulcros

² MONTIS Y ROMERO, Ricardo de. “Julio Romero de Torres, una estampa de su vida”. Separata del *Diario de Córdoba*. Composición publicada en mayo de 1936, seis años después de la muerte del pintor.

³ MONTIS Y ROMERO, Ricardo de, *Notas cordobesas (Recuerdos del pasado)*, compilación de artículos costumbristas en XI tomos (1911-1930). Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba (Cajasur). Córdoba, 1990.

⁴ SALCEDO HIERRO, Miguel, *Ricardo de Montis y Romero. Tiempo. Notas. Recuerdos*, de igual referencia que la acotación anterior.

blanqueados, había sido tachada de su partida bautismal (el bautismo se había celebrado en la parroquia del Sagrario de la Catedral, y estaba registrado en el folio 356 del libro de nacimientos de 1971, con el número de partida 522) al haber sido legitimado con las nupcias de sus padres en dicha parroquia el 3 de agosto de 1874. Aunque este hecho no alivió demasiado la cruel sorpresa que se llevó el joven –tenía entonces 16 años–, cuya pesadumbre intuye así Salcedo Hierro: “El secreto constituyó una llaga lacerante perpetua en el corazón de don Ricardo”, pues sus actitudes y decisiones “estarían para siempre señaladas con el estigma de su nacimiento”.

Sin embargo, no parece que estas circunstancias familiares llegaran a trascender, de modo que Montis se puso el parche en un grano que por suerte nunca llegó a salirle. Al contrario, tuvo ocasión en sus años jóvenes de cosechar el reconocimiento social a un padre de espléndida reputación en los ambientes académicos y culturales de la Córdoba decimonónica. José María de Montis y Fernández había nacido en Montilla el 26 de febrero de 1824, aunque su trayectoria profesional la desarrolló en la capital, donde fue nombrado catedrático de Matemáticas y Dibujo Lineal, disciplinas que impartió en la Escuela Provincial de Bellas Artes. Fue muy amigo del sabio cordobés José María Rey Heredia, matemático como él y filósofo, con quien además compartió vecindad, ya que el primero vivía en el número 12 de la calle hoy rotulada con su nombre y el segundo en el número 20, esquina a la calle Osio, casa donde como queda dicho nació su hijo Ricardo, no lejos de donde se ubica la calleja sin fondo a este dedicada, casi una prolongación por arriba de la de Rey Heredia.

En 1856 José María de Montis publica, junto a Mariano Castiñeira, la obra *Elementos de aritmética decimal con sus aplicaciones al sistema métrico*, editada en la Imprenta y Litografía que estaba situada en el número 34 de la calle San Fernando, perteneciente a Fausto García Tena, quien siete años antes había fundado el *Diario de Córdoba*. En ese mismo centro de impresión verá la luz en 1868 una pequeña joya debida a Montis padre, *Noticia descriptiva del Plano de Córdoba*⁵. Se trata de un librito grapado de 39 páginas que un siglo y cuarenta años después regaló a quien firma estas líneas su sobrino-

⁵ MONTIS Y FERNÁNDEZ, José María de, *Noticia descriptiva del Plano de Córdoba*. Imprenta, Librería y Litografía del *Diario de Córdoba*. Córdoba, 1868. A modo de subtítulo figura: “Edificios religiosos que contiene, casas de beneficencia, instrucción pública, etc, etc (*sic*) y nombres de las calles y plazas”.

nieto Amador Vázquez de la Plaza Montis, que lo guardaba en su casa de Torremolinos (Málaga) como un tesoro, pues en su callejero y descripción de organismos y entidades queda reflejado el pulso ciudadano de la Córdoba de entonces. En 1884 José María de Montis publica otro libro, *Elementos de dibujo lineal*⁶, escrito para la formación de sus alumnos de la Escuela Provincial de Bellas Artes.

La madre de Ricardo de Montis, María de los Dolores Romero Bautista, nació en Málaga el 11 de febrero de 1845, pero se trasladó siendo adolescente a Córdoba. Aquí conoció a don José María, que le llevaba 21 años. Viudo desde 1869 de Margarita Hernández –cinco años mayor que él, con quien nunca llegó a congeniar, según Salcedo Hierro– y padre de otro hijo fuera del matrimonio, José, de acuerdo con el árbol genealógico de los Montis trazado por María José Porro⁷, José María se enamoró de María Dolores perdidamente. Pero sucedió que litigios con familiares de la primera esposa, que habiendo sido mujer de cierta fortuna murió a los 52 años sin testar, fueron demorando el casamiento de la pareja hasta la fecha indicada de 3 de agosto de 1874 y la legitimación del niño, que tuvo que esperar al 5 de febrero de 1875.



Ricardo de Montis, primero a la izquierda en la fila de abajo, junto a otros periodistas de la época.

⁶ MONTIS Y FERNÁNDEZ, José María de, *Elementos de dibujo lineal*. Imprenta, Librería y Litografía del *Diario de Córdoba*. Córdoba, 1884. Segunda edición.

⁷ PORRO HERRERA, María José, *op. cit.* BRAC, 128 (1995), gráfico p. 287.

La juventud, un universo tranquilo

No obstante, superados estos trances, la existencia de la familia, de clase acomodada y buena reputación, transcurrió feliz. Fueron, pues, la infancia y primera juventud de Ricardo un universo tranquilo al que en 1878 se sumó la llegada al mundo de su única hermana, María de la Estrella, siete años menor que él. Juntos habrán de formar un tándem indestructible pues, al no llegar a casarse ninguno de los dos –se rumoreó que Ricardo contrajo nupcias con una dama *in articulo mortis*, aunque no es un dato fidedigno–, ambos hermanos vivirán siempre juntos.

De aquellos años alegres data la primera lectura pública que Ricardo de Montis, con muy temprana inclinación literaria, realizó de una de sus poesías. No había cumplido 15 años, y él mismo lo narra cuatro décadas después en una de sus *Notas*⁸. En ella recuerda que aquella primera intervención suya, celebrada en la sede que el Centro Filarmónico creado por el afamado compositor Eduardo Lucena poseía en la calle del Arco Real (luego llamada María Cristina), le procuró tanto júbilo como inseguridad por falta de tablas. “El muchacho sintió que una oleada de sangre invadía su cerebro, a la vez que un terrible escalofrío contraía sus músculos”, describe don Ricardo refiriéndose a él mismo en tercera persona, para relatar luego cómo tras la tartamudez inicial recobró la serenidad ante su conspicuo auditorio al empezar a leer unos versos titulados “Mañanas de abril”, con los que cosechó aplausos que le supieron a gloria y le animaron a leer otro poema de su cosecha, “El reloj”. “Aquel tributo, no al mérito, sino a la edad, proporcionó al joven la mayor satisfacción que había experimentado en su vida –reconocía don Ricardo recordando este feliz episodio de sus años mozos–. En aquel momento no me hubiese cambiado por el poeta de más fama”.

Y eso que aquella primera intervención de cara al público no tuvo el carácter solemne de otra que la suerte le iba a proporcionar poco después, en 1886, cuando, sobrecogido por la emoción ante el ilustrado entorno, Montis participó en una sesión poética de la Real Academia de Córdoba. En aquella ocasión, tras concederle la palabra el entonces director de la entidad, Francisco de Borja Pavón, un intimidado

⁸ MONTIS Y ROMERO, Ricardo de, *op. cit.* “Una lectura de poesías”, *Nota* incluida en el tomo VIII, pp. 203-207. Antes había sido publicada en el *Diario de Córdoba* en abril de 1924.

adolescente de 15 años leyó su composición “La Virgen de Haití”. Ni que decir tiene que aquel primer contacto con la docta casa entusiasmó al aspirante a poeta, cuyas cualidades literarias en ciernes no pasaron desapercibidas para la Academia, siempre en busca de talentos que incorporar a sus filas. Pero no tenía la mínima edad requerida para su ingreso, por lo que habrían de pasar años hasta que, como se verá más adelante, Ricardo de Montis entre a formar parte de la institución. Su juventud, en cambio, no le impidió ser premiado en un certamen celebrado por el Ateneo de Córdoba en septiembre de 1887, al que concurrió con el poema titulado “Córdoba contra don Pedro”.

La muerte del padre

Todo parecía sonreír al joven, a punto de acabar el Bachillerato en el instituto de Córdoba e iniciar estudios superiores. Pero la fortuna es veleidosa. Poco duró la alegría para Ricardo de Montis y los suyos, porque el 16 de marzo de 1888 fallecía su padre repentinamente, a causa de un “ataque cerebral”, según se certificaba con fecha del día siguiente en el registro de defunciones de la parroquia del Sagrario de la Catedral. La temprana muerte de José María de Montis a los 64 años, y sin haber hecho testamento, sumió a la familia en una verdadera tragedia no solo afectiva sino económica. Y a Ricardo, diez días antes de cumplir 17 años, lo dejó desesperanzado y como a la deriva no solo por la inesperada desaparición de su progenitor sino por la revelación del secreto ya referida, y eso por no hablar del incierto porvenir que aguardaba a su madre, su hermana y él mismo ante la falta de un sueldo fijo que entrara en su hogar.

Del sentir de aquel momento dejó constancia mucho tiempo después en otra de sus *Notas*⁹, en la que, trazando una crónica sobre el Centro Filarmónico, confrontaba la dicha de su estreno como poeta en la prestigiosa entidad musical cordobesa con la pesadumbre que después inundaría su vida. “Los aplausos con que los concurrentes acogieron, no la obra falta en absoluto de mérito, sino la presencia del niño”, dejó escrito Montis, “hiciéronle concebir un mundo de ilusiones y esperanzas que a poco desaparecerían como el humo, dejando su puesto a una realidad terrible y desconsoladora”. En recuerdo de su progenitor, el mismo día del entierro se desangró Montis en un largo poema elegíaco

⁹ MONTIS Y ROMERO, Ricardo de, *op. cit.* “Eduardo Lucena y el Centro Filarmónico”. *Nota* incluida en el tomo I, pp. 173-180

titulado “A la memoria de mi querido padre”. La composición, inspirada según propia confesión del autor en el “Canto a Teresa”, es decir, el Canto II de *El diablo mundo* de Espronceda, sería publicada en 1933 dentro de su libro antológico *Flores de Sierra Morena*.

La pérdida del padre, que deja a su angustiada viuda sin consuelo y sin medios de subsistencia, marcará el talante de Ricardo de Montis, pues al necesitar su casa dinero, se ve obligado a cambiar los planes de hacer una carrera universitaria por la búsqueda urgente de un trabajo. Y como lo que sabía hacer era escribir, opta por ver en las letras y el periodismo no el desahogo anímico y sentimental que hubiera deseado sino un medio de supervivencia, y eso le amargó el carácter, ya de por sí tristón. Lo dejó ver muchos años más tarde, en un poema autobiográfico en agradecimiento al homenaje que le tributaron sus colegas tras ser nombrado miembro correspondiente de la Real Academia de Historia, de Madrid. Dice así en uno de sus párrafos:

En la edad en que nacen, cual flor, las ilusiones,
las dulces esperanzas, yo todo lo perdí;
mi hogar hallé cubierto de fúnebres crespones;
desamparado y huérfano en la niñez me vi.
El golpe fue terrible, ¡la muerte de mi padre!
Falto ya de cimientos hundíase mi hogar...
Enjugué con mis besos el llanto de mi madre.
¡Se tornó el niño en hombre y empecé a trabajar!¹⁰

Inicios periodísticos

Por suerte, sin acabar aún el Bachillerato en el Instituto Provincial de Segunda Enseñanza (mucho después llamado instituto Luis de Góngora, situado ayer como hoy en la plaza de las Tendillas) había entrado en la redacción del periódico *La Lealtad*, fundado por el Conde de Torres Cabrera como órgano propagandístico del Partido Conservador, que presidía. Este rotativo estaba instalado en la que más tarde será casa-palacio de la familia Cruz Conde, entonces propiedad de Ricardo Martel y Fernández de Córdoba, conde de Torres Cabrera y senador vitalicio del reino, en la calle hoy dedicada a él. Al frente de *La*

¹⁰ La Asociación de la Prensa de Córdoba ofreció en 1926 a Ricardo de Montis un homenaje por su nombramiento como correspondiente de la Real Academia de Historia, al que respondió el compañero con una composición que tituló “Autobiografía”, leída por él mismo en el acto.

Lealtad, de filiación canovista, estuvo el periodista Juan Menéndez Pidal, y según recordaba el ex director de la Real Academia de Córdoba Juan Gómez Crespo¹¹ en un documentado artículo publicado en las *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía contemporánea*, contó, entre otros escritores de valía, con Fernández Ruano y el catedrático de Literatura del instituto –que el mismo Gómez Crespo habría de dirigir en los años setenta del pasado siglo– Miguel Gutiérrez. Este diario fue luego sustituido por *La Monarquía*, que dirigió Pedro Alcalá Zamora bajo las mismas directrices políticas, sosteniendo sonadas polémicas con *El Adalid*, un combativo diario conservador reformista de los partidarios de Romero Robledo, dirigido por Julio Valdelomar. En *La Lealtad* Ricardo de Montis no pasó de gacetillero, aunque escribió una sección denominada “Fruta del tiempo”, en la que más de una vez le sustituyó el primer director de *El Defensor de Córdoba*, Navarro Prieto, como recordará muchos años después, en la nota necrológica de Montis publicada en *Azul*, otro gran periodista, Daniel Aguilera, que había sido el último responsable y *alma mater* del *Defensor*.

En 1889 Montis pasó a otro periódico cordobés, *El Comercio*, donde dio a conocer numerosas poesías de las que era autor. De *El Comercio* era a los 18 años director, único redactor y hasta chico de los recados, pues estaba en el modesto rotativo más solo que la una. Al mismo tiempo, enviaba colaboraciones a *La última moda*, de Madrid; el *Diario*, de Murcia, y *El Ateneo* y *El Renacimiento*, de Málaga, entre otras publicaciones de las que fue corresponsal a lo largo de su vida. Porque, dada su penuria económica, se veía obligado a multiplicar sus escritos en cuantas cabeceras le fuera posible. Y como lo hacía por obligación mucho más que por vocación, llegó tempranamente a lamentarse de “la desgraciada carrera de las letras”, refiriéndose no tanto a la literatura y la poesía, su gran pasión, como al ejercicio del periodismo, que como queda dicho él hubiera querido a un ritmo sosegado imposible de alcanzar. Miguel Salcedo, en la obra citada, describe este “dilema doloroso” de Montis con profundidad psicológica: “Ambicionaba, amaba, soñaba con la profesión periodística, que le llenaba el alma”, afirma el cronista de la ciudad para matizar luego “pero realizándola de una manera estudiosa, distendida, recreativa para su espíritu”.

¹¹ GÓMEZ CRESPO, Juan. “Siglo y medio de prensa periódica en Córdoba (1810-1969)”. *Actas I Congreso Historia de Andalucía contemporánea*, vol. I, Córdoba 1979, pp. 101-114.



Reproducción de una página de la revista *Blanco y Negro* en la que aparecen varios periodistas cordobeses de primeros del siglo XX, entre ellos Ricardo de Montis, que figura el primero en el ángulo superior izquierdo.

El caso es que, a su pesar, desde muy joven su pluma no tuvo descanso. Así, desde la muerte de su padre hasta fines del siglo XIX no paró de publicar en cuantas páginas escritas se le ponían a tiro, sobre todo poemas. Siguiendo a Salcedo, en 1888 –recuérdese que en ese mismo año desapareció su progenitor– publica una poesía titulada “Al obrero” en el *Almanaque del Diario de Córdoba para 1889*. Ese mismo año da a conocer un poemario titulado *El héroe*, fragmento de un extenso romance leído en el Ateneo de Córdoba; escribe la composición “Guadalquivir” alusiva a las inundaciones registradas en la ciudad en marzo de 1892, y dos años más tarde redacta el prólogo del libro *Perfiles y semblanzas*, del escritor Julio Pellicer. En 1896 colabora en la revista *La Feria de Mayo en Córdoba*, donde se dan cita los autores y dibujantes más reputados de entonces. Aporta a esta publicación el soneto “A la primavera” y una crónica titulada “El moro de los dátiles”, acompañada de ilustraciones de Julio Romero de Torres.

La furia letraherida mencionada da buena idea de que cuando en 1901, con 30 años, Ricardo de Montis entra a formar parte de la redacción del *Diario de Córdoba*, fundado en 1849 por el impresor Fausto García Tena, era ya un gacetillero más que desfogado en una profesión a la que, a veces a regañadientes, dio lo mejor de sí mismo. Un total de 35 años permanecerá trabajando para esta prestigiosa cabecera independiente, que se mantuvo fiel al lector nada menos que durante 89 años, hasta que el 30 de septiembre de 1938, acuciado por las exigencias de plantilla y sueldos que imponen los sublevados en plena Guerra Civil, el periódico decano se ve obligado a desaparecer casi al mismo tiempo que lo hiciera, y por la misma razón, otro destacado rotativo de la época, *El Defensor de Córdoba*, publicación católica dirigida como se ha dicho por el también académico Daniel Aguilera Camacho.

Llegada al *Diario de Córdoba*

Y como hablar de Ricardo de Montis es hacerlo de la publicación donde maduró profesionalmente y a la que dio lo mejor de sí mismo, parece adecuado establecer aquí un inciso para trazar el perfil del que hasta ahora ha sido el periódico más longevo que ha tenido la ciudad a lo largo de su historia (el *Córdoba*, fundado el 25 de julio de 1941, se le va acercando). Recuerda Juan Gómez Crespo en el mencionado trabajo, al referirse a la prensa nacida en la segunda mitad del siglo XIX, que el *Diario de Córdoba* surgió de una tertulia literaria. Y,

haciéndose eco de las palabras del académico Francisco de Borja Pavón, sabio local y uno de los colaboradores de temas literarios y de historia del periódico, Gómez Crespo destaca que hasta 1849 habían resultado malogrados todos los intentos de sostener una publicación diaria en la capital y provincia. Pavón opina que el diario lo consiguió por mantenerse fiel a sus objetivos, que establece así: “Despertar un espíritu provechoso de reforma en cuanto atañe a la mayor regularidad de los servicios públicos, la salubridad y la policía y el ornato; ofrecer al comercio y la industria medios de publicidad y emulación; abstenerse de toda ingestión en el terreno de la política; abrir las columnas a la expresión de pensamientos útiles y a veces a nociones científicas, aplicables y fructuosas; evitar el enojo de las malas controversias; respetar constantemente personas e intereses; guardar en todo y para todos las fórmulas del más urbano comedimiento”. Y resumía esta actitud en el respeto a lo tradicional con la inclinación al progreso, apoyando e incluso sugiriendo desde sus páginas las mejoras públicas sin más interés que el bien de la ciudad. Todo ello inspirado por el talante moderado del fundador, propietario y primer director.

Los García Lovera, una familia ilustrada al servicio de la ciudad

A Fausto García Tena fueron sucediendo al frente del periódico sus hijos Ignacio, Fausto, Rafael y Manuel García Lovera, los tres primeros miembros de la Real Academia de Córdoba. Para trazar la semblanza de esta saga cordobesa de tan honda huella una de las mejores fuentes es el periodista y político Rodolfo Gil y su magna obra *Córdoba contemporánea*¹², imprescindible para saber quién era quién en la vida cultural cordobesa desde 1859 a 1895, y continuamente citado por los estudiosos de este periodo. De Ignacio (1828-1892) cuenta Gil¹³ que fueron tantos sus merecimientos que a su muerte el

¹² GIL, Rodolfo, *Córdoba contemporánea*. I tomo (1859-1891), Imprenta y Papeleería Catalana, Córdoba, 1892. II tomo (1892-95), Librería de Fernando Fe, Madrid, 1896.

¹³ GIL, Rodolfo, (Puente Genil, 1872-Valencia, 1938) fue redactor de *La Unión* y *La Voz de Córdoba*, y en Madrid de *El Globo* y *Diario Universal*, y colaboró en publicaciones como *ABC*. Fue gobernador civil de Orense y Tarragona. Profesor de la Escuela de Idiomas de Madrid, destacan entre sus obras *Importancia militar de Córdoba* (1892) y *Romancero judeo-español* (1914). El Ayuntamiento le dedicó una calle en Ciudad Jardín.

Ayuntamiento acordó poner a su nombre la calle entonces llamada Azonaicas, donde se encontraban las oficinas del *Diario de Córdoba*, que dirigió desde el fallecimiento del fundador en 1874. Eximio orador y poeta, estudió Derecho entre Sevilla y Madrid, doctorándose en la Universidad Central. Nombrado, como luego su hermano Rafael, auditor honorario de la Marina en noviembre de 1854, fue sucesivamente fiscal de rentas de esta provincia, abogado de la Beneficencia –cargo que desempeñó gratuitamente durante muchos años– así como del Ayuntamiento de la capital y de la Administración para los asuntos contenciosos ante el Consejo Provincial. Ignacio García Lovera fue también caballero de las órdenes de Carlos III, Isabel la Católica, San Juan de Jerusalén y otras, catedrático de Derecho en la Universidad Libre que se creó en Córdoba, alcalde corregidor y concejal en distintas corporaciones, además de ostentar otros cargos, como el de presidente de la Diputación y diputado a Cortes.

Además de pertenecer a la Academia cordobesa, fue miembro de muchas otras, así como de sociedades nacionales y extranjeras. Como poeta dio a la imprenta una oda “A Dios” y un canto “A María en la Soledad”, entre otras muchas composiciones. Y como dramaturgo, estrenó en Madrid su obra dramática *Alfredo de Lara*, siendo asimismo autor de otro drama, *Don Lope de Aguirre*, que permanecerá inédito como la mayor parte de sus trabajos, pues al parecer era hombre discreto y poco dado a la autopromoción y los honores. Aun así, poseía don Ignacio el curioso título de Arcade de Roma con el nombre de “Epiménide Tésporide”. Enrique Romero de Torres, hermano del pintor de *La chiquita piconera*, le hizo un retrato con destino a la galería de alcaldes del Ayuntamiento.

De la vida y obra del segundo de los hermanos García Lovera, Fausto, da menos detalles el autor de *Córdoba contemporánea*¹⁴. No deja rastro fiable el periodista de las fechas de su nacimiento y muerte, pero sí recoge que Fausto fue académico numerario “de la de Ciencias de Córdoba”, así como socio de la Económica Cordobesa, y que compartió en vida muchos honores e inclinaciones literarias con los demás miembros de la familia. Así, fue comendador de número de la Real Orden Americana de Isabel la Católica y de la de San Juan de Jerusalén. Pero al parecer fue persona algo metida en sí, con menos proyección pública que sus hermanos, aunque como todos ellos cursó la

¹⁴ GIL, Rodolfo, *op. cit.*, I tomo, cap. V, “Escritores y poetas”, pp. 134-138.

carrera de Derecho. De su discreción da idea el que, a pesar de haber dirigido el *Diario de Córdoba* con tacto y ponderación tras el fallecimiento de Ignacio y de no haberse resistido –como parece moneda común en la época– a escribir versos, no fue propenso a darlos a conocer ni en su propio periódico ni en otras publicaciones. Si acaso, tímidamente en alguno de los salones literarios a los que era invitado. Y aun habiendo sido jefe de Administración Civil y diputado provincial, “rehusaba inmiscuirse en los debates políticos, para él tan enojosos, y prefería sobremanera la vida periodística, la silenciosa tranquilidad del hogar doméstico y la grata consagración del espíritu a un ideal puro”, afirma Rodolfo Gil.

Mucho más se sabe de Rafael García Lovera (1825-1913), humanista de viejo cuño y escritor muy famoso en su época, sobre todo en el terreno de la lírica, gracias especialmente a su libro *Las huertas de Córdoba*. Estudió el Bachillerato, como sus hermanos, en el Instituto Provincial de Córdoba, y la abogacía en las universidades de Sevilla y Madrid. En 1845 consiguió la licenciatura en Leyes por la Universidad Central. Como abogado se hizo pronto con una excelente reputación por su honradez y amor al trabajo, desempeñando además los cargos de juez municipal, decano del Colegio de Abogados –al que se incorporó el 24 de junio de 1848– y magistrado suplente de la Audiencia Provincial. Y todo este éxito en el campo de la justicia lo hizo compatible con su verdadera vocación, que era el periodismo. Con apenas 18 años de edad dirigió en la capital hispalense la revista literaria *El Vergel*. En Madrid encabezó la revista universitaria *La Discusión* y, ya de vuelta a Córdoba, colaboró en todos los periódicos locales de su época y trabajó en el *Diario de Córdoba*, cuya estructura concibió, desde el primer día de su salida, primero como redactor y luego al frente de la dirección hasta su muerte, tal como la autora de este trabajo dejó escrito en su discurso de ingreso como correspondiente por la capital en la Real Academia de Córdoba¹⁵, en el año 2006.

Junto a la poesía –sus compañeros le llamaban “el maestro de las quintillas”–, cultivó los entonces solicitadísimos juegos florales y la dramaturgia. En el Teatro Principal se estrenó el 3 de abril de 1845 con gran éxito una obra cómica suya titulada *Corte de cuentas*. A ni-

¹⁵ LUQUE REYES, Rosa. “Periodistas en la Real Academia de Córdoba I y II”. *BRAC* num. 153, julio-diciembre 2007, pp. 129-142, y *BRAC* num. 154, enero-junio 2008, pp. 241-261.

vel municipal, desempeñó en el Ayuntamiento de Córdoba los cargos de concejal, síndico, primer teniente de alcalde y alcalde interino. Fue auditor honorario de la Marina, jefe superior de Administración de Hacienda Pública, comendador de número de la Orden de Isabel la Católica, y estaba en posesión de la placa de honor de la Cruz Roja.

Además de su pertenencia a la Real Academia de Córdoba, fue numerario de la de Jurisprudencia y Legislación de Sevilla, socio de las Económicas de ambas ciudades así como de ateneos y liceos, entre ellos el Círculo de la Amistad, el Casino Industrial, la Academia de la Juventud Católica, el Círculo de Obreros y otras asociaciones, y eso que, como al parecer solía decir familiarmente, era “de los que se van”. “En fin, que no hubo entidad científica y literaria en Córdoba que no lo contara entre sus protectores más fieles y sus más fijos asistentes –comentaba la arriba firmante en el mencionado trabajo académico–, derrochando don Rafael en todos los foros unas envidiables dotes oratorias, que era casi lo mejor que se podía tener en aquella España de agitados parlamentos”. Destacan entre sus obras poéticas: “La noche”, “La justicia”, “El llanto”, “Lo que eres tú”, “El sol y el genio”, “A la guerra de África”, “En el alcor de la sierra”, “Al Pontificado”, “Oros no son triunfos”, “La vida en el campo”, “A la prensa cordobesa” y sus popularísimas *Huertas de Córdoba* y *La mujer*, premiadas ambas en los torneos líricos. Compuso también piezas del género festivo como “A mi morena”, “El no sé qué”, “A una serrana”, “A la mantilla” y multitud de cantares. Rafael García Lovera fue, en fin, un excelente abogado y escritor, pero sobre todo un gran periodista, con una clara visión del oficio y del papel que tenía que representar el *Diario de Córdoba* ante su público, además de hombre de trato afable con todos y amante de las tradiciones cordobesas. Por todo ello, cuentan las crónicas que su fallecimiento, el 3 de enero de 1913, causó una sincera conmoción en la ciudad.

Y llegamos a Manuel (1844-1917), último de los García Lovera que dirigió el periódico del que su familia era propietaria, pues no tuvo descendencia. Ricardo de Montis, en la necrológica aparecida en el diario al día siguiente de su muerte, calificaba de “hombre bueno y laborioso” al benjamín de la estirpe, que había sido presidente honorario de la Asociación de la Prensa. Apenas terminada la carrera de abogado, ocupó por breve tiempo el puesto de juez de instrucción de Montoro, pero pronto volvió a su ciudad natal para incorporarse a los negocios familiares, es decir, a la imprenta, la litografía, la librería y por supuesto el periódico, “una de las columnas seculares del templo

de la cultura cordobesa”, según la definición que Montis hacía de él en el referido obituario, de 20 de noviembre de 1917. Un día antes, el mismo del fallecimiento, el vespertino *Diario Liberal* recordaba que Manuel García Lovera había profesado toda su vida una afición extraordinaria al teatro, “que le llevó muchas veces a sacrificar su capital y a actuar durante una época como única empresa con cuantas compañías han actuado en Córdoba”. Su pasión por las tablas hizo que este hombre de trato afectuoso y modesto “que nunca quiso tomar parte en las luchas políticas –afirmaba el rotativo de la competencia– ni ostentar cargos de ninguna clase” explotara el Teatro Principal en la calle Ambrosio de Morales, luego destruido por un incendio. También compró un teatro de verano, además de ser durante mucho tiempo empresario del Gran Teatro. El *Defensor de Córdoba* también despedía al colega –del que se conserva en el diario *Córdoba* un retrato firmado por Julio Romero de Torres– con una entrañable semblanza en la que tenía asimismo palabras de estima para su viuda, la lucentina Araceli Osuna Pineda. Esta, casada posteriormente en segundas nupcias con Francisco Castillo Alés –quien estuvo algún tiempo al frente del periódico–, fue, que sepamos, la única mujer dueña de un medio de comunicación que ha tenido la prensa en Córdoba.

Marcelino Durán de Velilla, último director del *Diario de Córdoba*, la cita al hacer referencia al periódico en un artículo publicado en 1969 en la revista *Patio Cordobés*¹⁶. Y es de justicia abrir un paréntesis para informar siquiera someramente de quién fue este onubense que entregó a Córdoba lo mejor de sus buenas artes periodísticas. Durán de Velilla había llegado a esta ciudad en 1921 contratado como redactor jefe de *La Voz*, ingresando al año siguiente en el *Diario de Córdoba*. En 1934 fue elegido por sus compañeros presidente de la Agrupación de Periodistas Profesionales. Fundó los semanarios *Heraldo del Lunes* y *Deportes* y fue jefe de redacción de *Andalucía Ilustrada*, desempeñando desde Córdoba las corresponsalías de los diarios *Ahora* de Madrid, *El Correo de Andalucía*, *La Unión* y *Fe* de Sevilla, y de las agencias *Fabra*, *Mencheta* y *Associated Press*. Fue redactor de la *Hoja del Lunes* –órgano de la Asociación de la Prensa editado en principio con las modestas cabeceras de *Noticiero de Córdoba* y *Hoja Oficial del Lunes*– entre los años 1953 y 1963, en que se retiró de la profesión. A Durán de Velilla le cupo el honor de sustituir a Ricardo

¹⁶ DURÁN DE VELILLA, Marcelino. “Pasado, presente y porvenir de la prensa cordobesa”. Revista *Patio Cordobés*, num. 38, Córdoba, mayo de 1969.

de Montis en la dirección del *Diario de Córdoba* tras la jubilación de este en 1936, pero también la pena de asistir al cierre de su querida cabecera dos años después, pasando a la plantilla de *Azul*, en la que permaneció hasta mayo de 1940.

Montis, director del periódico decano

Pero íbamos por la desaparición del último García Lovera y el traslado de la propiedad a Araceli Osuna Pineda, la viuda de Manuel. Esta señora, sin pasársele ni remotamente por la cabeza dirigir el periódico –algo impensable para una mujer en aquella Córdoba de 1917– lo acaba poniendo en manos de sus hermanos José y Rafael. Este, militar que llegará a coronel, asume el cargo tras un interregno ocupado por un consejo de redacción que tiene al andalucista Eugenio García Níelfa de redactor jefe. Bajo la dirección de Osuna Pineda (1922-1929) *Diario de Córdoba* vive su etapa de mayor conservadurismo. Hasta que en marzo de 1929 se hace cargo de la dirección Ricardo de Montis, que permanecerá en el puesto hasta el final de la República. “Montis sabe salvar el periódico de las depredadoras tendencias políticas, a la vez que consigue darle cierto brillo literario”, afirma el periodista jiennense Antonio Checa en su *Historia de la prensa andaluza*¹⁷.

En su amplio estudio comparativo de la prensa en esta comunidad autónoma, Checa Godoy describe el *Diario de Córdoba* como “un periódico modesto, tecnológicamente atrasado, que nunca llegará a difundir por encima de los 3.000 ejemplares, que no dispondrá de rotativa y consecuentemente no pasa de las cuatro modestas páginas”, cuando ya muchos diarios andaluces ofrecen seis u ocho páginas de gran formato. Es también para el investigador un periódico “muy local, conservador pero sin demasía y sobre todo sin enfeudamiento a partidos políticos o a líderes. Un diario de talante católico –concluye–, pero independiente”. Su ideario, a modo de declaración de principios, era renovado cada día de Año Nuevo en un editorial que acababa con el lema “Menos política y más administración”.

¹⁷ CHECA GODOY, Antonio. *Historia de la prensa andaluza*. Fundación Blas Infante, Sevilla, 1991. Periodista, ensayista y profesor universitario, Checa es el introductor de los estudios de comunicación sobre la comunidad andaluza más allá del ámbito provincial. También es autor de *Historia de la Prensa en Córdoba (1790-2010)*. Asociación de la Prensa de Córdoba y Diputación Provincial. Córdoba, 2011.

Junto al desapasionado comentario de Checa Godoy –más de medio siglo de la desaparición del diario había transcurrido cuando redactó su ensayo, y el tiempo y la distancia todo lo enfrían–, recogemos otras descripciones de algunos de sus más destacados lectores, y en ocasiones colaboradores, de las que dejamos constancia en este trabajo. Así, para Rodolfo Gil¹⁸ el secreto de su supervivencia consistía en que el periódico “se ha sostenido y se sostiene con desahogo merced a su falta de redacción, a su aquiescencia para todos, a su antigua historia y a ese balanceo y táctica especial que inspiran el conocimiento de las flaquezas humanas y la reflexiva esperanza de las cosas”. Y el historiador Antonio Jaén Morente¹⁹ señala lo que sigue: “Su colección es interesantísima. La vida literaria de toda la Córdoba pasada está en sus artículos. Fue su nota la corrección y la cortesanía”. El periodista Daniel Aguilera, en una de sus alocuciones en la Real Academia cordobesa²⁰, donde ingresó en 1940, apuntaba que el rotativo “vivía por la velocidad adquirida. Se componía de día, se cerraba a las diez de la noche y de madrugada solo se hacía una gacetilla que por su importancia cupiera como ‘última hora’ y un par de telegramas”.

Rafael Castejón²¹, recordado director de la Real Academia, al referirse al *Diario*, donde ejerció varios años la crítica teatral, no escatima elogios: “Era el prudente y glorioso órgano con el que todas las mañanas se desayunaban los cordobeses”. Sus informaciones eran respetuosas con todo y con todos, añade Castejón. “El noticiario, que creo lo suministraba la agencia Fabra, era también muy exacto y puntual –prosigue–. Los anuncios y parte comercial reflejaban bien la vida cordobesa, y todos queríamos al *Diario*”. Y destaca el sabio cordobés

¹⁸ GIL, Rodolfo, *op. cit.*, I tomo, cap. 2º, “Periódicos y revistas”.

¹⁹ JAÉN MORENTE, Antonio, *Historia de la ciudad de Córdoba*, Librería Luque, Córdoba, 1976. Se trata de una reedición del texto de 1935, corregido y aumentado respecto al inicial de 1921, que el político, historiador y colaborador de prensa dedica a la Real Academia de Córdoba, de la que era miembro, con elogios como: “Me complace afirmar que no hay en muchos puntos de España un grupo tan selecto de conocedores de la ciudad y amadores de su pretérita gentileza como el grupo cordobés [...]. Córdoba, que llama cariñosamente *los sabios* a estos hombres (yo contribuí a lanzar el epíteto), no sabe, *bien sabido*, lo mucho que debe a este grupo y Academia”.

²⁰ AGUILERA CAMACHO, Daniel, “La prensa cordobesa del siglo XX”, trabajo leído en la Real Academia el 20 de mayo de 1944. *BRAC* num. 58 (1947), pp. 143-170. La cita concreta aparece en p. 160.

²¹ CASTEJÓN Y MARTÍNEZ DE ARIZALA, Rafael, “Periodismo y periodistas de principios de siglo”, art. publicado en la revista *Patio Cordobés*, num. 38 (1969).

a algunos redactores: además de los anteriores a su generación como Romero Barros, Sentenach y Pavón y López, otros como García Nielfa –luego fundador del semanario *Córdoba*, al que dio toques regionalistas transformándolo en *Andalucía*–, Martínez Alguacil –fundador más tarde del *Diario de Avisos*–, Adolfo Torres, Manuel de Viguera, los hermanos Antonio y Francisco Arévalo –excelentes poetas– y Juan Ocaña, que versificaba en sus “Mosquetazos” las noticias nacionales. A ellos hay que sumar otros como Antonio Ramírez, Juan Herrera y el gran Manuel García Prieto, poseedor este último de un excelente estilo literario, de los que sobreviven al paso del tiempo. Dicha cualidad le hizo merecedor de ser nombrado académico correspondiente, aunque falleció antes de leer su discurso de presentación, que iba a versar precisamente sobre el *Diario de Córdoba*²². A García Prieto le cupo el amargo privilegio de redactar la glosa aparecida en el periódico el último día de su publicación, que alcanzó los 31.131 números, según figura en la cabecera. Marcelino Durán de Velilla explicaba las razones del cierre, el 30 de septiembre de 1938 como ya se ha dicho, en la imposibilidad de dar cumplimiento al decreto llamado “de plantillas”, por el que se fijaba el número de redactores que había de tener cada periódico y el sueldo de cada cual. “Murió coronado de prestigio [...] y fue la más firme palanca de la prensa en nuestra ciudad a todo lo largo del tiempo que duró su publicación”, elogiaba con nostalgia Durán “tras verlo morir en nuestras manos”²³ y con él a toda una época del periodismo local.

Siete años antes, en época todavía dorada, el Ayuntamiento rotuló con el nombre de “Diario de Córdoba” la calle hasta entonces llamada “Librería”, en una de cuyas casas, en el número 34, donde estuvo establecida la imprenta de Fausto García Tena, había comenzado a editarse el periódico. Quiso el Consistorio reconocer con este gesto su aportación a lo largo de casi un siglo a la vida y la historia de la ciudad. La iniciativa partió de Julio Baldomero Muñoz *Españita*, director de la revista *Patria Chica*, y el homenaje se llevó a cabo el 11 de abril de 1931, siendo alcalde Rafael Jiménez Ruiz y gobernador el también

²² DURÁN DE VELILLA, Marcelino, “El último propósito literario de García Prieto”, art. de la *Hoja del Lunes* del 2 de septiembre de 1968, donde se evoca con tristeza la desaparición del colega el 2 de junio de ese año sin haber podido ingresar en la docta corporación cordobesa.

²³ DURÁN DE VELILLA, Marcelino. Art. cit. revista *Patio Cordobés*, num. 38, Córdoba, mayo de 1969.

periodista Graciano Atienza. En respuesta agradecida, y para compartir el acontecimiento con la ciudadanía, la propiedad del *Diario* otorgó cien cartillas de la Caja de Ahorros Postal, con imposiciones de 25 pesetas a otros tantos niños de las escuelas públicas, mediante propuesta de los respectivos maestros, y otras de 50 pesetas para los hijos menores de los periodistas cordobeses. Y así, todos contentos.

“El alma” de la redacción

Este era el periódico al que Ricardo de Montis entregó lo mejor de sí mismo. Llegó a identificarse tanto con el *Diario de Córdoba*, y viceversa, que Rafael Castejón lo definía como “el alma de su redacción” en el ya citado artículo de la revista *Patio Cordobés*. “Era un compendio sabroso del más castizo localismo, como queda plasmado en la docena de tomos titulados *Notas cordobesas*”. “Se le encontraba trabajando toda la noche, hasta la confección total de madrugada” a pesar de que “era muy miope y llegó a cegar casi totalmente”, explicaba Castejón elogiando la laboriosidad de don Ricardo, que siempre escribió, por cierto, con pluma de ave y tintero, pues –como evoca Salcedo Hierro–, la estilográfica le parecía un invento endemoniado. Imagínense lo que hubiera pensado de vivir en la era del periodismo digital.

Su perfil de perfecto conocedor del latido de la ciudad y sus gentes, pero hombre algo reticente al progreso si este traía consigo nuevos hábitos que le cambiaran el paso y lo sacaran de su rutina diaria, le hizo merecedor de una caricatura literaria firmada nada menos que por Pío Baroja en *La feria de los discretos*²⁴. Y es que muchos han querido ver en el personaje de la citada novela don Gil de Sabadía, periodista exaltador de los valores del pasado y erudito un poco “a la violeta”, un malvado trasunto de Montis. Así lo explica Juan Pérez Cubillo²⁵, catedrático de Literatura en Enseñanzas Medias y estudioso de la obra barojiana, que pretendió ser un reflejo del ambiente de Córdoba en los años anteriores a la revolución de 1868.

²⁴ BAROJA, Pío. *La feria de los discretos*. Madrid, Ed. Caro Raggio, 1929 (edición consultada de 1975).

²⁵ PÉREZ CUBILLO, Juan, en colaboración con su hijo, PÉREZ DÍAZ, Juan Rafael. *La Córdoba de Baroja. Un paseo por La feria de los discretos*. Edit. Puntoreklamo, Córdoba, 2006. Se trata de un cederrón multimedia que incorpora un interesante plano interactivo de los itinerarios barojianos.

Y es que al parecer Montis era un hombre un poco raro y lleno de manías. Sin embargo, esa manera de ser, y su pasión por la poesía como el género más elevado, no le impedía el cultivo de una vena humorística que le granjeó un público incondicional y que el periodista desarrolló a sus anchas tras el pseudónimo de ‘Triquiñuelas’. Con él rubricaría no solo artículos satíricos sino sus crónicas semanales de teatro y toros. Firmó tantas veces ‘Triquiñuelas’ y no Ricardo de Montis que en cierto momento llegó a ser más conocido por el alias que por su verdadero nombre. Rodolfo Gil, que en 1896 lo incluyó en su índice de escritores y periodistas *Córdoba contemporánea*²⁶ cuando solo era un prometedor gacetillero de 25 años, menciona su obra *Dos docenas de extravagancias*, una recopilación de los artículos satíricos que había publicado en cabeceras de Sevilla y Córdoba bajo el citado pseudónimo. Aunque, en honor a la verdad, hay que decir que no olvida Gil recoger su creación más seria, “unas dos mil poesías publicadas” hasta aquella fecha, entre las que destaca las odas a “La fe”, “La ciencia”, “La muerte de Jesús” y la premiada “Misterios”. Menciona así mismo el libro inédito –lo era al menos en 1896– *Rimas y pensamientos*, integrado por doscientas composiciones cortas que no pasaron desapercibidas para el crítico literario de la publicación madrileña *Las Ocurrencias*, que firmaba oculto tras el pseudónimo de Juan García. Citaba también Rodolfo Gil los cuadros de costumbres recopilados en *Las noches de Andalucía*, cantares en tres tomos, con doscientos cada uno, conocidos por los títulos de “Perlas y flores”, “Playeras” y “Flores y lágrimas”, así como distintos romances en *Ecos del Betis*, “primer tomo que publicó” según apunta Gil.

Un Montis jocoso llamado ‘Triquiñuelas’

Volviendo a ‘Triquiñuelas’, el mismo Ricardo de Montis comenta con chanza en una de sus *Notas* el origen del alias profesional y cómo este le fue cedido por su entonces jefe en *La Lealtad*, Juan Menéndez Pidal²⁷, político, académico de la Real Academia Española y corres-

²⁶ GIL, Rodolfo, *op. cit.*, I tomo, pp. 287-289.

²⁷ Juan Menéndez Pidal, director y mentor de Montis (Asturias, 1861-Madrid, 1915), abogado y diputado a Cortes, fue más poeta, ensayista y periodista que político. Dirigió en sus primeros tiempos *La Lealtad*, y más tarde en Madrid *La Unión Católica*. En la Academia de Córdoba leyó sus trabajos “Las atalayas”, “Crepúsculos” y el prólogo a su obra recopilatoria *La poesía popular en Asturias*.

pondiente de la cordobesa. Es tan jugosa su lectura que, para dejar constancia del gracejo del melancólico Montis cuando se lo proponía, la reproducimos a continuación textualmente –incluidos sus usos ortográficos y de puntuación– tal como aparece en la edición facsímil:

La muerte del ilustre literato, mi inolvidable maestro de periodismo, don Juan Menéndez Pidal, me ofrece una ocasión oportuna para contestar a una pregunta que me han dirigido muchos amigos y compañeros, en diversas ocasiones: cuál es el origen del pseudónimo ‘Triquiñuelas’ con que firmo la mayoría de mis trabajos desde los ya lejanos tiempos en que comencé a escribir en la Prensa.

Menéndez Pidal vino a Córdoba, hace treinta años, para encargarse de la dirección de un diario conservador fundado por el Conde de Torres Cabrera y titulado *La Lealtad*, que ha sido, indiscutiblemente, uno de los mejores periódicos de provincias.

Formaban su redacción, además del eximio escritor citado, el gran poeta don Manuel Fernández Ruano y dos jóvenes, cordobés uno, malagueño otro, que se dedicaban a la caza de noticias.

Como ocurre en todos los periódicos de reducido personal, Menéndez Pidal y Fernández Ruano tenían que hacer desde el artículo de fondo, los comentarios de la Prensa y la crónica literaria hasta la revista de salones o la de modas, amen de corregir, transformar y poner en castellano las cartas de los corresponsales, las elucubraciones de los colaboradores espontáneos a los que no es posible echar al cesto sus cuartillas y las notas de los gacetilleros.

Anuncióse en nuestro circo taurino una de las llamadas fiestas nacionales y era preciso, de absoluta necesidad, escribir una revista detallada del espectáculo. ¿A quién encomendar la empresa? Fernández Ruano detestaba los toros y quizá no habría visto, durante su ya larga existencia, un par de corridas; los jóvenes noticieros eran incapaces también de hilvanar una reseña.

En su virtud, Menéndez Pidal decidióse a sentar plaza de revis-tero taurino, aunque por sus conocimientos en el arte de Cúchares y su afición al mismo estuviese a igual altura que sus compañeros de redacción.

Fué a la plaza, tomó apuntes, escribió la reseña de mala gana, acaso renegando de la dura condición de periodista que tiene, si no que saber y entender de todo, al menos, aparentar que se sabe y entiende, y cuando hubo terminado su obra la firmó con el pseudónimo de ‘Triquiñuelas’ y enviola a las cajas.

El día siguiente los ocurrentísimos periodistas hermanos Valdelomar, amigos fraternales de Menéndez Pidal, pero que gustaban de sacarle de *sus casillas*, para que luciera su ingenio, criticándole

desde las columnas de *El Adalid*, hicieron un análisis cruel de la malhadada revista.

¡Cómo se cebaron con ella, sobre todo en la poco afortunada comparación de que salió un toro con más cabeza que Séneca!

Menéndez Pidal reconoció que no estuvo muy feliz en su obra e hizo el propósito de no *repetir suerte*, pero se defendió de las censuras de sus colegas con toda la gallardía de su ingenio privilegiado.

Pocos meses después del hecho referido ingresaba en la redacción de *La Lealtad* el autor de estas líneas, para hacer su aprendizaje periodístico.

Anuncióse otra corrida de toros y el director del órgano en la prensa de los conservadores cordobeses me endosó el *mochuelo* de escribir la revista, como si me brindara un gran favor.

Mi ignorancia en asuntos taurómacos era también completa, pero no creí prudente negarme a cumplir el encargo; por algo era Menéndez Pidal el maestro y yo el más humilde de sus discípulos.

¿Qué hacer para salir airoso de la empresa? Leí con gran detenimiento el *Arte taurino* de Montes y, aunque en algunos tratados de preceptiva literaria lo había visto citado como modelo de obras didácticas confieso con ingenuidad que en él no aprendí ni jota.

En estas condiciones, llegó el día de la fiesta y me encaminé al circo, acompañado de un veterano taurófilo para que me *ilustrase*; no me quedaba otro recurso.

Con la ayuda de aquel buen hombre hice la revista, poniendo en ella todos mis cinco sentidos.

Llévela al director de *La Lealtad* quien, después de leerla detenidamente, me dijo: creo que debe estar bien, ya sabe usted que yo no soy perito en la materia; sólo le falta, a mi entender, un requisito, la firma, porque estos trabajos siempre se firman con un pseudónimo. ¿Cuál quiere usted ponerle?

Ninguno se me ocurre, le contesté, después de pensar un rato.

Pues bien, añadió Menéndez Pidal, voy a hacer a usted un obsequio en pago de su obra; le cedo mi pseudónimo de ‘Triquiñuelas’, que está nuevecito, pues únicamente lo he usado una vez.

Y firmada por ‘Triquiñuelas’ apareció la revista.

El Adalid también le dedicó algunas líneas en su diario “Pali-que”.

Poco más o menos decían así: Hemos visto con satisfacción que el crítico taurino de *La Lealtad* se ha enmendado, pues aunque su última reseña no la firmarían, seguramente, ‘Sentimientos’ ni ‘Paco Pica Poco’, está hecha con más acierto que la anterior. En ella no se habla de suertes completamente desconocidas hasta ahora, como

los pases de farol, ni se compara la cabeza de ningún toro con la de Séneca.

Y don Juan Menéndez Pidal, en su saladísima sección titulada ‘A punta de tigera’, con g aunque no ignoraba que se escribía con j, contestó a *El Adalid* noblemente en estos o parecidos términos:

El autor de la primer revista de toros publicada en este periódico no se enmienda jamás; se arrepiente de sus yerros cuando comprende que los ha cometido y procura no reincidir. Por eso el ‘Triquiñuelas’ primitivo *cedió los trastos* y con ellos el pseudónimo al autor de la última reseña, que es el joven periodista don Ricardo de Montis.

No creo necesario consignar cuánto halagaron a mi vanidad casi infantil las anteriores líneas.

Y desde entonces, no solamente en las revistas de toros, sino en los artículos festivos y de costumbres, en las críticas literarias, en las crónicas, en las poesías satíricas, casi siempre he usado la firma de ‘Triquiñuelas’, y tanto he prodigado este pseudónimo que por él me conocen hoy muchísimas más personas que por mi nombre y apellidos.²⁸

Las Notas cordobesas

En 1911, diez años después de su ingreso en la plantilla del periódico, sale el primer tomo de las *Notas cordobesas*, artículos costumbristas que don Ricardo había ido publicando en el rotativo a modo de tributo a tiempos idos, como ya se enunciaba entre paréntesis desde el subtítulo, que era “Recuerdos del pasado”. Tres años después ve la luz el segundo, y así, convertido su autor en una celebridad local, van apareciendo hasta once, saliendo el último de la imprenta en 1930. No fueron posibles más números por culpa de la galopante ceguera que sufría Montis, la misma que motivó que ya en 1921 fuera relevado del trabajo nocturno en la redacción, cada vez más cuesta arriba para él por su escasa visión. Contrataron para sustituirle a Durán de Velilla, quien, como se ha dicho, en 1936 acabaría sustituyéndolo definitivamente, esta vez de la dirección, cuando ya su dramática pérdida de la vista le hacía imposible seguir en el diario.

²⁸ MONTIS Y ROMERO, Ricardo de, *op. cit.* tomo III, “Menéndez Pidal y mi pseudónimo”, pp. 209-213. Había sido publicada en el *Diario de Córdoba* en enero de 1916.

Fueron editados por supuesto en la imprenta del *Diario de Córdoba*, Conde de Cárdenas 18 –así se lee en la portadilla del libro, bajo el escudo de la provincia–, pero encuadernados en la imprenta La Verdad, al no disponer de este servicio la primera, ya en decadencia. Ni que decir tiene que los once tomos de las *Notas* carecieron de un plan de publicación y que llegaron rodados en función de la demanda de los lectores. De hecho ni el mismo Montis imaginó que la cosa pasara del primer volumen, patrocinado por el Ayuntamiento, al que se lo dedica el autor “como prueba de gratitud”. Esa primera recopilación de artículos, 42 en total de muy diversos temas que se extienden a lo largo de 282 páginas más el índice, está encabezada por una especie de prólogo que Montis, por considerar el término pretencioso, prefiere presentar con el epígrafe de “Cuatro palabras”. Fueron unas pocas más, pero no demasiadas comparadas con todas las que habrían de llegar en los siguientes años. Reproducimos literalmente el contenido dado su interés, ya que es una declaración de principios en toda regla y viene a demostrar el interés de don Ricardo por inventariar contra el olvido la forma de ser y estar de los cordobeses a finales del siglo XIX e inicios del XX. He aquí esas “Cuatro palabras”:

No soy partidario del prólogo, porque si lo escribe el autor de la obra prologada parece un “autobombo”, y si se lo encarga a otro escritor equivale a decirle: elogia mi trabajo.

Por las razones indicadas, empiezo este libro solamente con unas líneas que le sirvan de presentación.

No es una obra de las llamadas de estudio o de consulta, no es una producción literaria de altos vuelos; es, sencillamente, un conjunto de descripciones hechas con más o menos aciertos, con mayor o menor fidelidad que otras, de lugares, escenas, usos, tipos, costumbres, personalidades y sucesos de Córdoba, pero de la Córdoba de ayer, que tiene para muchos la seducción del pasado y para no pocos el dulce encanto del recuerdo.

Los hijos de este hermoso rincón de Andalucía que gocen al rememorar los tiempos felices de su juventud, pasarán, sin duda, horas agradables leyendo estas páginas, como yo las pasé al escribirlas, y me perdonarán las incorrecciones que encuentren en ellas. A esos les dedico mi modesto trabajo.

Las personas que corrieron sobre el pasado el velo impenetrable del olvido, atentas sólo al presente y anhelando escalar el porvenir, no hallarán solaz alguno en mis artículos. Esas, si llega a sus manos el presente volumen, no deben tomarse la molestia de abrirlo.

Y aquí concluyo estas cuatro palabras, las cuales, en mi concepto, han de ser más útiles para el lector que un extenso y rimbombante prólogo.²⁹

En 1914 aparece un segundo tomo más reducido, de 189 páginas y solo 24 artículos más un apéndice en tres capítulos. Pasarán ocho años hasta que salga el tercer tomo, en 1922, que presenta como novedad en sus 286 páginas el hecho de que los artículos, hasta un total de 38, aportan al final la fecha en que habían sido publicados, entre 1916 y 1919, detalle este que se mantendrá hasta la última publicación salvo excepciones contadas. El cuarto tomo y los sucesivos saldrán ya anualmente. Así, en 1923 aparece este cuarto volumen, también de 286 páginas pero con 43 artículos. En 1924 se publica el quinto, con 42 artículos y 269 páginas, y en 1925 el sexto, de 267 páginas que contienen 41 *Notas cordobesas* y una innovación: en el pie de imprenta de la portada aparece el número de teléfono de la planta de impresión, concretamente el 184, lo que deja constancia de que el *Diario de Córdoba* y su imprenta no eran ajenos a las innovaciones tecnológicas del primer cuarto del siglo XX. En 1926 ve la luz el séptimo tomo, con 40 artículos y 270 páginas que incluyen al final una nota con una fe de erratas. El de 1927, octavo ya, contiene 46 *Notas* que se reparten a lo largo de otras 270 páginas; el de 1928, noveno, tiene las mismas páginas y 42 artículos; el de 1929, décimo, con idéntica paginación que los tres anteriores, presenta 43 artículos y un ligero cambio, el del número telefónico que se muestra en la primera página, al pasar este a ser ya el 1248.

Por último, en 1930 aparece el último libro, que contiene 258 páginas con 45 *Notas*. Añade, además del índice –que no se ha tenido en consideración en este recuento de páginas–, la referencia “Obras del mismo autor”, enumerándose las siguientes por este orden: *Perlas y flores* (cantares), un folleto; *Una copla que redime* (monólogo dramático en verso), un folleto; *Playeras* (cantares), un folleto; *Dos docenas de extravagancias* (artículos humorísticos), un tomo; *Peteneras* (cantares), un folleto; *Romances*, un tomo; *Flores y lágrimas* (cantares), un folleto, y *Notas cordobesas (Recuerdos del pasado)*. XI tomos. Y se agrega, como obra en preparación, *Sonetos*, un tomo, y nuevas *Notas cordobesas (Recuerdos del pasado)*. Tomo XII. Una alusión que hace suponer claramente el interés de la editorial y del propio autor

²⁹ MONTIS Y ROMERO, Ricardo de, *op. cit.* tomo I, “Cuatro palabras”, pp. 5-6.

por dar continuidad a las compilaciones de sus famosas reseñas costumbristas. Algo que ya por entonces se veía difícil dadas las circunstancias de Montis, que a esas alturas tenía que recurrir a cualquiera para dictarle sus líneas al no poder escribirlas él mismo. Tal vez eso explique que la colección de artículos escogidos para el último volumen abarque algunos publicados muchos años atrás —la más antigua *Nota* es de 1915—, por lo que cabe pensar que se acometiera esta postrera edición con cierto carácter antológico, quizá a modo de intuida despedida.

En cuanto al estilo de las *Notas*, es el mismo de todos los escritos en prosa firmados por Montis: fresco, ligero, espontáneo y, como tal, un tanto deslavazado. De forma que todos sus relatos están llenos de digresiones, anécdotas y curiosidades que se le van ocurriendo sobre la marcha al periodista, interesado solo en recrear fidedignamente tipos populares y ambientes, viejos rincones urbanos, hábitos ciudadanos, oficios, hechos históricos, centros culturales y, en general, todo cuanto sea necesario para evocar la Córdoba perdida ya en su época y tomar el pulso a la contemporánea. Y así, con palabra suelta y espíritu volandero, compone coloridos cuadros impresionistas, o “una amplia, variada y riquísima colección de acuarelas”, como describiera el catedrático y académico José María Ortiz Juárez en una colaboración en prensa³⁰. A base de muchas pinceladas finas y alguna más gruesa Montis, huyendo de la trascendencia, acaba por dibujar lienzos inmortales que ya en el momento de su publicación son recibidos con entusiasmo por el público.

Es decir, que la popularidad de Montis estaba por las nubes cuando el 3 de marzo de 1929, con 58 años, se pone oficialmente al frente del *Diario de Córdoba*, donde estaba considerado una autoridad indiscutible. De hecho, desde mucho antes, era “el *factotum* del periódico, merced a la confianza que la empresa tenía depositada en él y su lealtad a la misma”, contaba Durán de Velilla en una carta enviada a Salcedo Hierro al saber que preparaba su libro, en el que incluye la amplia correspondencia entre ambos. Con Montis el *Diario de Córdoba* va a vivir una época sosegada y apartada de las tendencias políticas que vapuleaban las páginas de otras publicaciones, al tiempo que logra dar a la suya visos literarios.

³⁰ ORTIZ JUÁREZ, José María. “Ricardo de Montis, un gran costumbrista cordobés”. Art. publicado en la revista *Córdoba en Mayo* (1988), citado por Miguel Salcedo Hierro en el libro sobre el periodista que prologa sus *Notas*, pp. 140-141.

Y es que el periodista tenía claro que, en esta Córdoba de los discretos, la clave del éxito de un diario, e incluso el personal, está en llevarse bien con todo el mundo. Así lo manifestó en su discurso de ingreso como numerario en la Real Academia de Córdoba, que leyó el 12 de diciembre de 1914 (aunque el nombramiento tiene fecha de 8 de mayo de dicho año), quince años antes de ser director del *Diario*, titulado “Periódicos y periodistas cordobeses”³¹. En dicho trabajo, que se guardó inédito hasta 1927 en que fue recogido en el número 20 del Boletín, definía así el pulso de la prensa cordobesa: “Ha sido siempre tranquila, enemiga de luchas, noble, franca; más predispuesta al elogio que a la censura”. Y proseguía manifestando que “innumerables periódicos de todos los matices han desfilado por el estadio de la prensa local, pero solo consiguieron arraigo aquellos que se adaptaron al ambiente de Córdoba”.

Montis y la Real Academia de Córdoba

La vinculación del periodista con la Real Academia de Córdoba venía de antiguo pues, como ya se ha visto, apenas tenía 15 años cuando participó deslumbrado en una de sus sesiones poéticas. Pero era demasiado joven para entrar oficialmente en la Academia, de modo que hubo de esperar todavía algunos años para ver cumplido su sueño de formar parte de tan prestigiosa institución, primero como correspondiente y más tarde como numerario. Lo consiguió gracias al prestigio adquirido con los dos primeros tomos de sus *Notas cordobesas*, que tantas puertas le abrieron en sociedad. Finalmente pudo franquear las de la Academia –por discreción quiso que la ceremonia se realizara en su sede y no en la del Ayuntamiento, como era costumbre en ocasiones solemnes–. Fue una tarde de diciembre de 1914, el año en que Europa estallaba en las trincheras; aunque nada de trágico, sino todo lo contrario, feliz entrega, hubo en la alocución de aquel intelectual que había cumplido 42 años, aunque se sentía mucho más viejo que lo que le correspondía por edad.

El extenso y documentado discurso de Ricardo de Montis, que fue contestado por Luis Valenzuela y Castillo, entonces director de la Academia, comienza con una semblanza del académico cuya plaza venía a ocupar, tras su fallecimiento, que no era otro que Rafael Gar-

³¹ MONTIS Y ROMERO, Ricardo de. “Periódicos y periodistas cordobeses”, discurso publicado en el *BRAC* num. 20, año 1927, pp. 449-462.

cía Lovera, su antiguo jefe. De este trabajo destaca la amplia nómina que traza de redactores y de medios de comunicación, tanto precedentes como contemporáneos suyos, indispensable para conocer el tejido de la profesión hasta ese momento. No es posible, por razones de espacio, reproducir ambos textos literalmente, pero del salido de la pluma de don Ricardo hay que destacar su inconfundible estilo: llano, ligero, refrescante —aunque con alguna concesión a altisonancias decimonónicas—, y tan cuajado de buenas palabras hacia los compañeros de profesión y sus respectivos medios como de modestia y sinceridad en las confesiones referidas a sí mismo. Precisamente concluye el discurso con una confidencia a tumba abierta sobre su forma de entender un oficio cuyas ingratinidades solo se soportan a base de mucha vocación. Así concluye Montis su intervención ante el cuerpo académico:

He llegado al final de mi humilde trabajo que no es un estudio de la prensa cordobesa, porque este requeriría más espacio del que se dispone para una disertación académica y mayor autoridad en el autor que la mía. Es únicamente una ojeada sobre el periodismo local, al que consagré todos los entusiasmos de mi juventud y a cuyo servicio pongo diariamente mi pobre inteligencia con verdadera fe, con cariño profundo, sin que lo entibien los desencuentros ni las amarguras, más frecuentes en esta profesión que las satisfacciones y los triunfos.

El periodismo ha llegado a constituir parte integrante de mi existencia. Por eso cuando después de una noche interminable de ruda labor, aletargado el espíritu, falto de alientos para continuar el trabajo, oigo el motor de la máquina de la imprenta preludiar su monótona canción y un momento después veo surgir el primer ejemplar del periódico a que he dedicado la velada, siento súbitamente renacer las energías físicas, brotar las energías en el cerebro, rebosar la alegría de mi alma; experimento, en fin, la indescriptible transformación del soldado que cae herido en el campo de batalla, siente escapársele la existencia, levanta los ojos al Infinito, y al ver ondear la bandera de su regimiento nota una oleada de vida en todo su ser; porque si la bandera es el símbolo venerando de la madre y de la patria [a expresiones como esta me refería al mencionar ecos de la retórica finisecular], la prensa es el símbolo hermoso de la cultura y del progreso”.³²

³² MONTIS Y ROMERO, Ricardo de. Discurso citado, *BRAC* num. 20, año 1927 pp. 461-462.

Por su parte, en su largo discurso de contestación –centrado en su mayor parte en una prolija, y hasta redicha, relación de periódicos y periodistas acompañada de sus respectivas semblanzas–, Luis Valenzuela y Castillo³³ lamenta que el nuevo académico hubiera limitado su labor periodística al ámbito de la prensa local (que no le permitía “desplegar, a sus anchas, las facultades nativas ni cultivar holgadamente las actitudes críticas de que está adornado por habérselo impedido el fantasma de las conveniencias de localidad”). Describe su labor diciendo que es la de un “periodista aventajado” y dice que como prosista es “predominantemente crítico” y como “poeta distinguido” que lo considera, es “ante todo, satírico”, “de estrofas punzantes, sarcásticas, corrosivas”. Y advierte en sus escritos “cierto sedimento de escepticismo, de recelo y de desconfianza hacia los hombres, que quizá hubo de predisponer su alma desengañada al cultivo escabroso de la sátira”. Se detiene por supuesto Valenzuela en las *Notas cordobesas*, “páginas que reflejan fielmente –ensalza el director de la Academia– hechos, actos, usos, tipos atrayentes y simpáticos que pasaron, ofreciéndolos con tintas tan frescas, con colores tan vivos, con sabor de realidad tan puro” que van desarrollándose “ante nosotros las escenas mismas que el cronista inimitablemente describe”. Y, clasificando a Montis entre “los buenos escritores llamados de costumbres o festivos”, define sus *Notas* como una “historia al por menor de la Córdoba contemporánea”.

Una declaración de amor a la Academia

Desde aquel día de diciembre de 1914 quedó oficializada una larga relación de amor de Montis con la Academia, en cuyo Boletín, sin embargo, no consta ninguna otra aportación suya. Algo que podría explicarse por el hecho de que la meritoria publicación –compendio del saber del último siglo en Córdoba– no empezó a publicarse hasta 1922³⁴ y no siempre recogía todas las intervenciones, pues incluso el mismo discurso de recepción no entró en imprenta hasta trece años

³³ VALENZUELA Y CASTILLO, Luis. “Discurso de contestación al de Ricardo de Montis leído por el director de la Academia en el mismo acto”, *BRAC* num. 20, año 1927, pp. 462-472.

³⁴ Para conocer el trabajo académico en buena parte del siglo XX es de consulta imprescindible el índice de los primeros cien números del *Boletín* (años 1922-1979), realizado por VÁZQUEZ LESMES, Juan José, *BRAC*, Córdoba, 1979.

después. Sí que aparece en cambio la institución como protagonista de algunos de sus escritos periodísticos, siempre para ponerla por las nubes. Porque hay que decir que el periodista-académico no desaprovechó la menor oportunidad de escribir sobre la institución, a la que dedicó elogiosos artículos antes y después de pertenecer a ella. En el recogido (sin fecha de publicación) en el volumen primero de sus *Notas* ofrece a base de anécdotas y observaciones un tanto deshilvanadas, pero muy sabrosas, la historia y costumbres del primer siglo de vida de esta corporación. Su lectura trae al presente los modos y la atmósfera de antaño, además de mostrar el estilo natural del autor, a caballo entre el dato erudito y la naturalidad, de ahí que por su interés lo reproduzca íntegro:

Desde época remota, casi todos los sábados, durante las primeras horas de la noche, varias personas respetables, hombres de ciencia, literatos y artistas, penetran en el viejo edificio de la plaza del Potro que fue hospital de la Caridad, diríjense (*sic*) a una de las puertas de su extenso patio y se pierden en las revueltas de una escalera: son nuestros académicos que acuden a celebrar sesión.

En un espacioso local, modestamente decorado, ocupan los sillones que se extienden en dos filas y los bancos colocados detrás, los cuales dan a la estancia un aspecto de convento antiguo.

Dos amplios bufetes y varios estantes llenos de libros y legajos completan el mobiliario, y adornan los muros algunos lienzos con retratos al óleo de cordobeses ilustres. En lugar preferente destaca un busto, en barro, hecho por el escultor Inurria, del sabio cronista de Córdoba don Francisco de Borja Pavón.

Tras los preliminares propios de las sesiones de toda sociedad o corporación, leen trabajos literarios o estudios científicos, discuten varios temas de interés, cambian impresiones sobre asuntos de actualidad y después de pasar unas horas en amigable consorcio, abandonan de nuevo el vetusto caserón y se despiden hasta el sábado siguiente. Tal es la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba que, gracias a su humilde vivir y a la buena voluntad y perseverancia de sus miembros, ha cumplido los cien años de existencia, mientras otras entidades análogas, liceos fastuosos y ateneos, al parecer florecientes, murieron al poco de nacer, no dejando huella alguna de su labor.

También han contribuido de modo notable a esta longevidad de la Academia los méritos indiscutibles de sus diez directores: don Manuel María de Arjona, don José Meléndez Fernández, don Miguel de Alvear, don Ramón Aguilar Fernández de Córdoba, don Carlos Ramírez de Arellano, don Rafael Fernández de Lara Pineda,

don Francisco de Borja Pavón, don Teodomiro Ramírez de Arellano, don Manuel de Sandoval y don Luis Valenzuela que la preside actualmente.

A pesar de su modestia, por ella han desfilado hombres de tanta valía como el inmortal don Ángel de Saavedra, y personas ilustres por su inteligencia privilegiada, no sólo de toda España sino aún del extranjero, se han honrado y se honran con el título de académicos correspondientes de la centenaria y docta corporación cordobesa.

Poetas de tan altos vuelos como el inolvidable hispanófilo Juan Bautista Fastenrach, Salvador Rueda, Antonio Fernández Grilo y otros deleitaron con la lectura de sus maravillosas composiciones a los académicos de nuestra ciudad, esparciendo torrentes de armonías en aquella estancia, silenciosa de ordinario, y haciendo desaparecer, por unos momentos, la adusta severidad propia de las antiguas academias.

Uno de los actos más curiosos celebrados por referida sociedad fue una sesión de honor, no de un gran escritor ni de un artista eximio, sino de una pobre mendiga, que logró celebridad en Madrid: la *Ciega del Manzanares*. Azares de la fortuna trajeron a Córdoba a esta pobre y admirable mujer que, sin más instrucción que la recibida de un pobre sacerdote, profesor de Latín, a quien sirvió de criada antes de perder la vista, hablaba con asombrosa corrección el idioma del Lacio e improvisaba versos latinos, rotundos y sonoros.

Don Francisco de Borja Pavón invitóla para que concurriese a la Academia y la *Ciega del Manzanares* hizo en ella gala de sus profundos conocimientos de la lengua clásica saludando a la corporación con un discurso correctísimo al que contestó, también en latín, nuestro inolvidable cronista.

En los años 1872 y 1878 organizó la Academia lucidos juegos florales, en los que fueron premiados don Dámaso Delgado y don Emilio de la Cerda por sus trabajos acerca de *La batalla de Munda*; don Teodomiro Ramírez de Arellano, don Rafael Blanco Criado, don José Ramón Garnelo y don Aureliano González Francés por sus composiciones al tema *Una excursión a las Ermitas de la Sierra de Córdoba*; don Manuel Fernández Ruano y don Luis Balaca Gilabert por sus odas a *San Eulogio*; don Rafael Ramírez de Arellano y don Rafael de la Helguera por sus cantos a *Pablo de Céspedes*, y don Salvador Barasona Candán y don Miguel José Ruiz por sus leyendas acerca de *Medina Azahara*.

Si gratas han sido siempre las fiestas de la Academia, mayor encanto han tenido aún aquellas reuniones íntimas, a las que asistían muy pocas personas, que se verificaban hasta hace quince o

veinte años. En ellas deleitaban a los concurrentes Pavón con algunas de sus *poesías reservadas*, en las que campean el ingenio, la gracia, la donosura y la picardía de las composiciones más famosas de Quevedo, y Fernández Ruano con aquellos artículos humorísticos que hicieron popular el pseudónimo de *Martín Garabato* en el periódico *La Lealtad*.

Después leíase la correspondencia de amigos y compañeros tan ocurrentes como González Ruano, el vecino del *Ventilado Montemayor*, y Romero Barros, Jover y Paroldo, Sierra, Trasobares y otros contaban sucesos de su vida, aventuras, anécdotas, generalizándose una charla deliciosa, amenísima.

En algunas de estas reuniones organizáronse giras campestres y no pocas terminaron con una modesta cuchipanda.

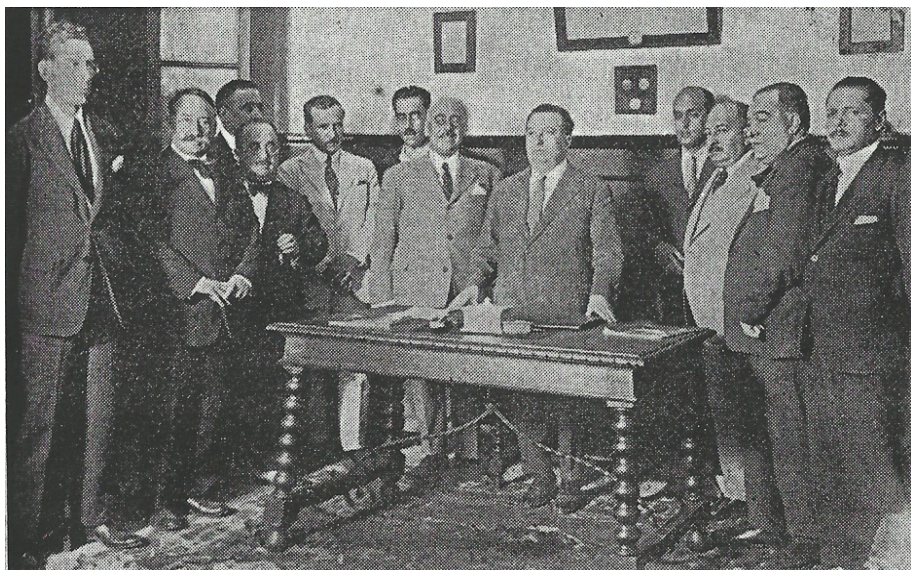
Allí nació la idea del banquete con que, una Nochebuena, obsequió el Marqués de Jover a los académicos de Córdoba, sin duda por no ser menos que el Conde de Cheste. Invitóles por medio de un soneto, y puso la condición para poder asistir a la comida, de que los convidados habían de contestar, aceptándola, en otro soneto escrito con los mismos consonantes del suyo. Esta exigencia sirvió de pretexto para una velada literaria memorable.

La Academia de Córdoba, en las postrimerías del siglo XIX, dio muy pocas señales de existencia, pero al hacerse cargo de su dirección don Teodomiro Ramírez de Arellano adquirió nueva vida, merced a los entusiasmos de aquel erudito escritor y al cariño que le profesaba.

En su época proveyéronse casi todas las vacantes que había de académicos de número y esto motivó una serie de brillantes recepciones, efectuadas con gran solemnidad en las Casas Consistoriales. Él también inició y llevó a feliz término la idea de conmemorar el centenario de Pablo de Céspedes con otra fiesta literaria, que se celebró el año 1908, en el edificio donde está la Academia.

Después un literato prestigioso, de iniciativas, de grandes alientos, presidió la vieja corporación; con él y con otros elementos análogos entraron en ella auras de juventud, corrientes de vida, y no es aventurado suponer que la Academia, después del centenario de su fundación, renazca como el Ave Fénix de sus cenizas para honra y prez de la ciudad de los Sénecas.³⁵

³⁵ MONTIS Y ROMERO, Ricardo de, *op. cit.*, tomo I (1911), “La Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes”, pp. 191-195.



Fotografía de Santos en la que figuran los miembros de la comisión organizadora de uno de los homenajes tributado a Montis.

Títulos y honores

Aunque de talante modesto y poco dado a envaramientos ni pavoneos ante títulos y honores, Ricardo de Montis pudo disfrutar de ellos en vida. Junto con la de Córdoba, fue también académico de la de San Fernando y de la Real Academia de la Historia. Y si bien no parece que saliera nunca de Córdoba, mantuvo especial contacto literario con Málaga, siendo socio de la Junta Poética Malacitana, miembro de la de Escritores y Artistas Laureados y protector de la Academia de Declamación Malagueña. En 1926, a raíz de su entrada en la Real Academia de la Historia, la Asociación de la Prensa cordobesa, encabezaba entonces por Eduardo Baro Castillo, formó una comisión para rendirle tributo. La integraban, además del presidente de la entidad, Enrique Romero de Torres; Julio Baldomero Muñoz “Españita”; Antonio Zurita Vera; Julio Fernández Costa “Juliifer”; Francisco Quesada Chacón; Rafael Castejón y Martínez de Arizala; Daniel Aguilera Camacho y Marcelino Durán de Velilla. A los postres del banquete que se le dedicó, el homenajeado leyó una composición de su cosecha que tituló “Autobiografía” –ya citada–, en la que pergeñaba su autorretrato recordando las trágicas razones (recuérdese, muerte del padre y ruina familiar) que le hicieron encontrar refugio en ese cielo protector que para él fue el trabajo, por el que no creía merecer premios. He aquí una de sus estrofas:

Náufrago de la vida, la tabla salvadora
que me condujo al puerto, en el trabajo hallé;
por eso, desde entonces trabajo hora tras hora,
gozoso, satisfecho, con entusiasmo y fe.
Aquí tenéis, señores, sucintamente expuesto
lo que ha sido mi vida, mi historia, mi labor;
y ahora, otra vez pregunto: señores, todo esto
¿no es vulgar y corriente, merece tal honor?³⁶

Coincidiendo con la salida del último tomo de las *Notas*, la ciudad de Córdoba, por aclamación popular, solicitó para él en 1930 la Medalla del Trabajo, que le fue concedida. A finales de octubre de ese año vino a Córdoba a imponérsela el ministro del ramo en el Gobierno del general Berenguer, Pedro Sangro Ros de Olano. El acto tuvo lugar en el Gobierno Civil, y también en esta ocasión, como había hecho cuatro años antes con sus colegas de la prensa, correspondió el homenajeado con un poema que más tarde sería igualmente publicado en la obra *Flores de Sierra Morena*:

Señores: un nuevo honor,
muy alto, se me dispensa
para premiar la labor,
honrada, constante, intensa,
pero de escaso valor,
que he realizado en la prensa.
Me imponéis una medalla
que es galardón tanpreciado
cual la que gana el soldado
en el campo de batalla,
pues la obtiene el vencedor
en la lucha por la vida,
lucha eterna, fratricida,
llena de espanto y horror
Al sentirla sobre el pecho
todo mi ser se estremece
y el corazón me parece
que salta, pedazos hecho,
para convertirse en flores

³⁶ MONTIS Y ROMERO, Ricardo de, "Autobiografía", poema, como casi todos los que Montis escribió con tintes personales, publicado en el libro *Flores de Sierra Morena*. Córdoba, Imprenta La Verdad, 1933.

de gratitud y emoción.
Buenos amigos, señores:
de mi gratitud cual prenda
aceptad la humilde ofrenda
de mi noble corazón.³⁷

Aparte de su continua dedicación al *Diario de Córdoba*, Montis fue, gracias a la mediación de sus colegas, cronista de la provincia, cargo por el estuvo cobrando de la Diputación 100 pesetas al mes hasta la llegada de la República en 1931. La misma Corporación provincial le concedía 500 pesetas, “en atención a los servicios prestados”, en 1940, un año antes de su muerte.³⁸ Y según *Cordobapedia*, fue propuesto por parte de sus compañeros del periódico como cronista oficial de Córdoba a la muerte de Rafael Ramírez de Arellano, pero finalmente fue elegido para el cargo José María Rey Díaz.



Fotografía de Santos que muestra a los integrantes de la Asociación de la Prensa de Córdoba posando en 1930 con el gobernador civil Graciano Atienza (sentado). Montis es el quinto por la derecha, con barba.

³⁷ MONTIS Y ROMERO, Ricardo de. “La Medalla del Trabajo”, de 1939, publicada luego en *op. cit.*, de 1933.

³⁸ PORRO HERRERA, María José, *op. cit.*, p. 279.

Aspecto descuidado, carácter singular

Los comentarios de quienes convivieron con Montis no lo describen precisamente como un Adonis. De pelo largo, barba espesa –al menos en sus últimos años–, ofrecía, según Durán de Velilla, un aspecto “muy descuidado en su indumentaria, y su higiene personal acusaba deficiencias muy lamentables”. No usaba más traje que uno bastante raído, de invierno, “rematado en esta estación por un bombín prehistórico –continúa el colega–, y en verano por un sombrero de paja, bastante deteriorado, que podría saber tanta historia de Córdoba como su propietario”. Al parecer, lo primero que hacía al llegar a la redacción era desprenderse de la americana y sustituirla por una sahariana “de color indefinido”, que era la prenda que usaba para trabajar. No resultó don Ricardo mejor parado, por lo que concierne a su porte, en la descripción que hizo de él Luis Valenzuela al contestar a su discurso de ingreso en la Academia de Córdoba. En tan solemne ocasión, y ante las mismas barbas del aludido, lo definía como hombre “de grave continente, andar reposado, ademanes rígidos, barba descuidada, muy miope, con tendencias a la obesidad y algo despreocupado en el vestir”. Para rematarlo, Valenzuela terminaba su discurso aludiendo a esa condición de verso suelto que acompañaba todos los pasos de Montis por la vida. “¿Será Montis un caso de misantropía disimulada? –se preguntaba–. No lo sé, pero presumo que nuestro compañero es un fugitivo de la sociedad o por lo menos un solitario del destino que no se adapta bien a las prácticas corrientes de la vida”.

Según parece, sus excentricidades eran cosa de familia, pues los Montis siempre han sido “un poco raros”. Eso al menos es lo que pensaba Amador Vázquez de la Plaza Montis, su sobrino nieto (la madre de éste, Enriqueta de Montis y Soto, era prima del periodista), ya fallecido, cuyo testimonio quedó recogido en el trabajo de presentación como académica correspondiente por Córdoba de quien escribe este texto.³⁹ “Hemos sido una familia de artistas: escritores, músicos, pintores, gente muy sensible, pero un tanto peculiar, muy independientes y muy nuestros”, afirmaba este octogenario con pinta de prohombre del siglo XIX, todavía romántico y un tanto bohemio a sus 81 años. Amador Vázquez, que fue perito industrial y capitán de barco, nos recibió junto a su mujer, Conchi Gálvez, en su casa de Torremolinos,

³⁹ LUQUE REYES, Rosa. Discurso citado. *BRAC* num. 153, julio-diciembre 2007, pp. 129-142, y *BRAC* num. 154, enero-junio 2008, pp. 241-261.

donde el matrimonio residía rodeado de retratos de los Montis –aunque ninguno de Ricardo– firmados por Julio Romero de Torres y Rodríguez Losada.

“Todos los Montis han pertenecido a la orden de Malta y Jerusalén, y han sido sus consejeros sin ser altezas reales”, aseguraba mesándose la cuidada barba este melómano que confesaba haber vivido siempre “entregado a la cultura y el placer”. Vázquez de la Plaza, que siendo niño visitaba con sus padres a su tío abuelo, lamentaba “no haber nacido antes para haberlo conocido mejor, haber disfrutado de su época de esplendor literario y ahora poder contar más cosas de él”. “Los Montis jamás en la vida te harán una faena, pero han sido gente de mucho carácter, un poco soberbios; menos éste, que es un alma cándida”, terciaba Conchi en defensa de su marido. “Y Ricardo, por lo que tengo entendido, vivió desesperado porque, aun gustándole su profesión –continuó–, tenía una idea del periodismo en plan parsimonioso, y eso no se correspondía con lo que hacía”.

Su sucesor en la dirección del *Diario de Córdoba* añadía más rasgos de su carácter. Recordaba que era un conversador muy ameno y a veces hacía gala de un ingenio agudo. Y, en general, era un tipo apacible, salvo cuando se le cruzaban los cables y destapaba la caja de los truenos, aturdiendo a cuantos le rodeaban “con su potente y bien timbrada voz”, según don Marcelino.

Recitaba bien, y era muy aficionado al teatro; de joven llegó a trabajar en compañías de aficionados, y escribió algunas piezas, como los monólogos *Regeneración* y *Una copla que redime*⁴⁰. Y, como todos los solitarios, estaba lleno de manías. No calzó nunca zapatos, sino botas negras de elástico; y, siendo un gran fumador, se negaba en redondo a usar un encendedor, lo mismo que rechazó siempre empuñar una estilográfica, aferrándose a la pluma de ave y el tintero, lo mismo que a las cerillas, por creer que aquellas innovaciones servían para poco y malamente.

Amores pasajeros

A pesar de ser un soltero empedernido, Ricardo de Montis conoció el amor, aunque no tuvo mucha suerte en sus elecciones. Hacia 1896 declaraba su pasión a una joven desconocida hoy para nosotros a

⁴⁰ El mismo Montis lo cuenta en una de sus *Notas*, “El teatro”. *Op. cit.* Tomo I, p. 73.

quien dedicó sentidos versos, en forma epistolar, que luego formaron parte de su obra *Brisas del Guadalquivir*⁴¹. Pero su amor, aunque correspondido, no llegó a buen puerto al no ser el pretendiente bien visto por los padres de la muchacha. No veían en el “plumilla” un buen partido para su hija, que acabó casada con el hijo de un acomodado agricultor, y el joven Montis hecho polvo por el desengaño. Andando el tiempo, y ya casi cuarentón, tuvo una novia que le duró poco, pero esta vez la madurez hizo que el nuevo fracaso amoroso le resbalara. Además, para esos y peores trances estaba el trabajo, bálsamo curalo-todo para don Ricardo.

Mantuvo una tardía amistad –que no pasó del carteo afectuoso– con una dama cordobesa afincada en Barcelona, llamada Camelia Cociña, según desvela María José Porro en un interesante estudio⁴². Se trataba de una notable poetisa cuya obra dio a conocer el periodista en su ciudad natal, de la que había salido siendo niña, a través de sus escritos en prensa, lo que propició que la Real Academia se fijara en ella y la nombrara correspondiente en 1914⁴³. Todo había comenzado con un artículo de Montis sobre el padre de la poetisa, el escritor Vicente Manuel Cociña, al que ella respondió con una carta de agradecimiento hacia su autor, quien quedó tan encantado del estilo y personalidad de la señora, entonces ya viuda, que a su vez le respondió con otra extensa *Nota*⁴⁴ laudatoria. A partir de ahí ambos mantendrían desde el 15 de diciembre de 1913 al 27 de marzo de 1927 una curiosísima correspondencia de la que se conservan solo algunas cartas de Cociña, pero suficientes para conocer el mundo interior de la poetisa y su periferia

⁴¹ MONTIS Y ROMERO, Ricardo de. *Brisas del Guadalquivir (Romances)*, Córdoba, Imprenta del *Diario de Córdoba*, 1932.

⁴² PORRO HERRERA, María José, “Las cartas de Camelia Cociña a Ricardo de Montis”. Separata del *BRAC*, enero-junio 1995. Año LXVI, num. 128. La misma autora ha investigado sobre la curiosa relación epistolar en lo que tiene de elaboración y declaración de una poética propia en “Poética para una mujer: las cartas de Camelia Cociña a Ricardo de Montis”, en “Las mujeres en Andalucía”, *Actas del II Encuentro Interdisciplinar de Estudios de la Mujer en Andalucía*. Coord. LÓPEZ BELTRÁN, María Teresa. Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Málaga, 1994, vol. III, pp. 145-169.

⁴³ PORRO HERRERA, María José, “Primeras académicas de la Real Academia de Córdoba”, *BRAC*, enero-junio, año LXXXVI, num. 152, 2007; pp. 145-154.

⁴⁴ MONTIS, Ricardo de, “Los cementerios” y “Un escritor muerto en Córdoba y una poetisa cordobesa desconocida en esta ciudad”, en *Notas cordobesas*, tomo II, pp. 83-93 y 167-189 (apéndice).

doméstica. Y, especialmente, para descubrir una nueva faceta de don Ricardo, convertido en un galante admirador de la dama.

Una despedida forzada por la ceguera

Montis permaneció dividido entre sus dos grandes pasiones, el periodismo y la literatura, hasta el final de sus días. En 1936 se despidió de su querido *Diario de Córdoba*, en el que se mantenía y lo mantenían como director más por romanticismo –y respeto hacia su figura en el caso de la empresa– que por los resultados de su trabajo. Porque, tristemente, a la jubilación periodística llegó don Ricardo con múltiples achaques, y en especial la ceguera que convirtió sus últimos años en un martirio. Su colega Marcelino Durán de Velilla, que tan bien lo conoció, recordaba en la citada correspondencia con Salcedo Hierro, sin ahorrar detalles y con excelente estilo, su parsimoniosa y hasta maniática forma de trabajar, pero sobre todo describía la tortura de aquellos días dolientes en que todo lo veía a oscuras. Lo expresó en los siguientes términos:

Cuando don Ricardo conservaba aún la vista, escribía sus artículos e informaciones periodísticas, cuartilla a cuartilla, como suele hacer todo el mundo que está en sus cabales, pero con la particularidad de que las iba pegando por el borde, una tras otra, haciendo de la totalidad una larga cinta que, naturalmente, al llegar al taller tenían los impresores que dividirla en trozos para repartirse entre todos los trabajos de composición.

Tenía don Ricardo una letra endiablada, debido acaso a la aguda miopía que le aquejaba desde su juventud, y que fue aumentando con los años y sin remedio posible, lo que le originó su total ceguera. No obstante, efectuaba grandes esfuerzos para escribir y se valía para ello de un original recurso. Buscaba a tientas, con la pluma, impulsado por el tacto, el lugar del pupitre en que se “alojaba” el tintero y después procedía a mojar aquella en la tinta o al menos a intentarlo, pues en la mayoría de las ocasiones sus propósitos se veían frustrados.

Como él no distinguía el blanco de las cuartillas ni el negro de la tinta, hacía como que escribía y por tanto se engañaba a sí mismo. Ello, aparte de las contadísimas veces que, sin darse cuenta, hacía correr la pluma sobre la tapa de madera de la carpeta de su pupitre. Resultado corriente de esto es que empezaba un renglón en la parte superior del papel y seguía escribiendo en diagonal hasta alcanzar el extremo opuesto de la cuartilla. Se hizo, pues, preciso,

por indicación suya, que el jefe de talleres don Claudio Cuadrado Cuesta –ya fallecido– que era el taumaturgo que mejor entendía su letra, le leyera las cuartillas y fuera corrigiendo a medida de lo que Montis le indicaba, las palabras que habían quedado en blanco o que eran indescifrables.

En los últimos años de su vida profesional, su labor en el *Diario de Córdoba* estaba reducida a corregir los artículos de colaboración y las informaciones que llevaban los redactores de calle, mediante la lectura de estos trabajos por empleados de la administración del periódico, entre ellos doña María, viuda de don Juan Álvarez (Papelería Victoria) muerto recientemente, y don Tomás Zapatero, administrador que fue, hasta hace poco, del actual diario *Córdoba*.⁴⁵

En otra carta, que data del 18 de junio de 1975, Durán continúa la descripción de los últimos tiempos de Montis en la dirección del periódico recordando que el pobre solía perderse en el corto trayecto que separaba la redacción de los talleres, y no digamos ya en estos, cuando se metía entre los chibaletes a tientas. Para salir del laberinto no veía modo más digno que toser, y siempre encontraba un alma caritativa que lo rescataba y lo devolvía a la redacción.

En el mismo sobre, el remitente incluía un interesante documento en el que la propietaria del periódico traslada a la oficialidad de turno, en plena Guerra Civil, las circunstancias de su director. Es el siguiente:

Córdoba, a 5 de agosto de 1938 (III Año Triunfal). Sr. Jefe Provincial de Prensa y Propaganda de Córdoba.

Muy señor mío: El director de este periódico, “Diario de Córdoba”, ha recibido su atenta comunicación del 5 del actual, trasladando la orden del Ilmo. Sr. Jefe del Servicio Nacional de Prensa, para que los directores de los periódicos diarios presenten declaración jurada de su sueldo.

⁴⁵ Fragmento de la larga carta, fechada en Peñarroya-Pueblonuevo el 8 de octubre de 1974, enviada por Marcelino Durán de Velilla a Miguel Salcedo Hierro al enterarse de que el académico preparaba un libro-prólogo a la reedición facsímil de las *Notas cordobesas*, en el que se inserta la misiva. *Op. cit.* (pp. 92-102). Le sucedieron otros dos, configurando entre todas una jugosa correspondencia que ayuda a trazar el perfil de Montis como profesional y como persona, de las que Salcedo va dando cuenta en la mencionada obra, repetidamente citada como fuente de conocimiento biográfico del periodista.

Como usted sabe, el director de este periódico, don Ricardo de Montis y Romero, está enfermo, ciego y casi impedido, en su casa, no viniendo a esta redacción. Solamente nos remite con frecuencia trabajos de colaboración, en prosa y verso.

A este señor, soltero, sin familia, y con algunos recursos, le pasamos una pensión de 180 pesetas mensuales, sosteniéndole en el cargo de director por puro sentimentalismo, para que tenga una satisfacción mientras viva, que por desgracia no será mucho tiempo.

El señor redactor-jefe, don Marcelino Durán de Velilla, es el que verdaderamente trabaja en el periódico, como director, y cobra el sueldo que para este está asignado, que es el de 360 pesetas mensuales, de lo cual presentará a usted declaración jurada, que se acompaña.- Queda de usted, como siempre, atenta s.s. Araceli Osuna Pineda. Propietaria del “Diario Córdoba”.⁴⁶

Los últimos años

Montis, hombre un tanto misántropo, conservaba sin embargo firmes amistades, como la que mantenía con los Romero de Torres, a los que visitaba casi todos los domingos sirviéndose de su hermana como lazarillo. A la familia del pintor legó en prueba de lealtad su archivo y recuerdos personales, muchos años después inventariados por la catedrática y académica María José Porro, como se mencionaba al principio de este trabajo. También le unían lazos entrañables con el popular compositor Ramón Medina, quien lo visitaba con frecuencia en su casa para hacerle compañía en sus horas de decaimiento, mientras el hijo de este, Ramón Medina Hidalgo, entonces un chavalillo, solía ejercer de amanuense de sus dictados.

Aun así, los últimos años fueron de gran soledad para el atribulado don Ricardo. Al no tener más allegados que su hermana –solo hay noticias de un sobrino en segundo grado, Rafael de Montis Lara, que llegado el momento habría de asistir a su entierro en representación de la familia–, a la muerte de Estrella, una tan bienintencionada como falta de tacto comisión trató de paliar su aislamiento proponiendo llevarlo a una residencia de ancianos (ojo, que aún no había cumplido los 70 años), concretamente a una plaza de pago en el asilo municipal Madre de Dios y San Rafael. A ello se negó tajantemente su sucesor

⁴⁶ Escrito enviado por Araceli Osuna Pineda –dueña del *Diario de Córdoba*, tras la muerte de su esposo, Manuel García Lovera– al Servicio Provincial de Prensa y Propaganda con fecha 5 de agosto de 1938. *Op. cit.*, pp. 106-107.

en la dirección del diario, por considerar la medida inhumana e indigna no solo para don Ricardo sino para todo el periodismo local, y la propietaria compartió este criterio; de forma que Montis, con discreto apoyo de los que le rodeaban, siguió viviendo en su casa hasta el final. Este estuvo precedido de una hemiplejía que le sobrevino en mayo de 1941, inmovilizándole la parte derecha del cuerpo. El 4 de julio, al día siguiente de su muerte, las campanas de la Catedral, su barrio, doblaban tristes por el alma del periodista.

La noticia fue un mazazo para toda Córdoba –ciudad, como es sabido, de grandes duelos–. El alcalde, Antonio Torres Trigueros, nada más conocerla redactó un decreto elogiando al finado y dispuso que se le concediera gratuitamente sepultura perpetua en el cementerio de Nuestra Señora de la Salud.

A falta de una cálida despedida hacia Ricardo de Montis en su periódico del alma –recuérdese que el *Diario de Córdoba*, como *El Defensor de Córdoba*, había desaparecido en 1938–, no le faltó la del diario *Azul*, que lanzaba en su portada la triste nueva del fallecimiento, ocurrido, informaba el rotativo, “a las siete de la mañana” del día anterior. Y dedicaba toda su octava página, o sea, la contraportada, a explicar las circunstancias del óbito y alabar la figura del colega desaparecido. He aquí parte de la necrológica:

A las siete y media fue la conducción del cadáver al cementerio de Nuestra Señora de la Salud, asistiendo escogido duelo, en el que figuraban escritores, artistas y la totalidad de los periodistas cordobeses.

Presidieron el presidente de la Diputación, don Pedro Barbudo Suárez Varela; el beneficiario de la S.I. Catedral don Fernando Aguilar; el director del Museo de Bellas Artes, don Rafael Romero Pellicer y don Eduardo Romero Trigueros.

En la carroza fúnebre se colocó una corona de flores con la inscripción siguiente: “La redacción de ‘Azul’ al decano de los periodistas de Córdoba”.

El cadáver de Ricardo de Montis iba amortajado con traje negro. Entre las manos llevaba un crucifijo y la Bula. En la caja, almas piadosas habían esparcido flores naturales.

En el cementerio quedó depositado el cadáver, y hoy recibirá cristiana sepultura en el panteón donde yacen los restos de su querida madre, deseo que expresó en vida.

Asimismo, pocos días antes de su muerte pidió a sus íntimos que cuando falleciese, si se publicaba esquila mortuoria [en efecto

se publicó ese 4 de julio en la página 4 de este periódico], solo se hiciese constar como único título el de “escritor cordobés”.⁴⁷

Nunca aspiró a mejor título don Ricardo, un hombre modesto que se crecía ante la literatura, aunque el paso del tiempo ha querido que se le recuerde menos como escritor que como el gran periodista que fue, a veces sin quererlo. Azares del destino.

La vida, al final, lo zarandeó tanto que la muerte fue una liberación para él. Pero despedámonos con el recuerdo de días menos aciagos, como aquel del homenaje que la Asociación de la Prensa le tributó en 1926, al que Ricardo de Montis, en agradecida respuesta, correspondió desnudándose en verso:

Decís que de esta tierra, sin par, soy su cronista
que, como fue, del tiempo surgir la hace a través;
yo no soy más que un pobre y humilde periodista
que siente y piensa y habla y escribe en cordobés.⁴⁸

⁴⁷ Diario *Azul*, p. 8. Córdoba, edición del 4 de julio de 1941.

⁴⁸ MONTIS Y ROMERO, Ricardo de, “Autobiografía”, poema publicado en el libro *Flores de Sierra Morena*. Córdoba, Imprenta La Verdad, 1933.

El presente libro es el volumen inaugural de la colección *Francisco de Borja Pavón*, dedicada al recuerdo de nuestros académicos fallecidos a lo largo de los más de doscientos años de existencia de la Real Academia de Córdoba desde su fundación en 1810. Recoge diez biografías de académicos que vivieron en diferentes momentos de la misma, dispuestas por orden cronológico. Uno nace en el siglo XVIII, siete en el siglo XIX y dos en el XX. De ellos, tan solo dos mueren en la década decimonónica, seis en el siglo XX y dos en los primeros años del actual.

Tras una presentación a cargo de nuestro Director, José Cosano Moyano, y un prólogo de los coordinadores, comienza el libro con la figura del fundador de la Real Academia de Córdoba, Manuel María de Arjona y Cubas (1771-1820), escrito por Antonio Cruz Casado, y sigue con las semblanzas de Francisco de Borja Pavón y López (1814-1904), por José Manuel Escobar Camacho; Luis Maraver y Alfaro (1815-1886), por Manuel Peláez del Rosal; Ricardo de Montis y Romero (1871-1941), por Rosa Luque Reyes; Manuel Enríquez Barrios (1877-1956), por Juan Díez García; José María Rey Díaz (1891-1963), por Manuel Toribio García; Rafael Castejón y Martínez de Arizala (1893-1986), por Enrique Aguilar Gavilán; Juan Carandell y Pericay (1893-1937), por Julián García García; María Teresa García Moreno (1910-2003), por Juan Miguel Moreno Calderón, y José María Ortiz Juárez (1915-2001), por Manuel Gahete Jurado.

Son diez de los muchos "académicos en el recuerdo" que esmaltan la bicentenaria trayectoria de la institución cultural más antigua de Córdoba, a los que seguirán, en próximos libros de la colección, otros muchos con biografías ejemplares que merecen ser recobradas como reconocimiento y ejemplo. Se trata en fin de una colección "dedicada a reactualizar la vida, obra y proyección social de nuestros académicos ya desaparecidos", como escribe en la presentación nuestro Director.

